

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entrepuerto, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Baylli-Bailiere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA.

### TELEGRAMAS.

PARIS, 26.—Hoy, al cerrarse a Bolsa, quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza a 222; el 3 por 100 portugués a 45 3/4; el cambio sobre Lisboa a 539; el 5 por 100 italiano a 61-40; el crédito territorial francés a 1,340; el crédito municipal francés a 680; el español a 405; el ferro-carril de Sevilla a Jerez a 48; y el del Norte de España a 170.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español a 35 7/8, y en Amberes a 35.

PARIS, 26 (recibido el 27).—Continúa la discusión del mensaje en el Cuerpo legislativo.

Mr. Thiers combate la política interior del Gobierno. Reclama la libertad individual, la de la prensa y la de reunión, la responsabilidad ministerial, y el derecho de interpellación como el mínimo de lo que necesita el país.

El conde Latour defiende el proyecto. Continuará mañana la discusión.

FLORENCIA, 26.—El marqués Pépoli propone la orden del día simple, no creyendo oportuno que la Cámara pronuncie su juicio acerca del voto de confianza pedido.

Scialoja declara que el ministerio considerará el abastecimiento del voto, ó la adopción de la simple orden del día, como un voto de desconfianza, y no quiere equivocarse.

La simple orden del día fué desechada por 181 votos contra 150.

El ministerio ha triunfado, pues, por 31 votos.

PARIS, 27.—Las noticias de Florencia alcanzan al 27.

Lozano ha presentado a la Cámara la orden del día en los siguientes términos:

«Se da al ministerio un voto de confianza por las mejoras políticas y administrativas, reservándonos el juicio sobre las leyes financieras.»

La proposición ha sido aceptada por Scialoja y aprobada por 181 votos contra 142.

El ejercicio provisional ha sido aprobado por 228 votos contra 59.

PARIS, 27.—En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, a 39 0/0; el exterior, a 40 0/0; la diferencia, a 36 1/4; la amortizable, a 00 0/0; el 3 por 100 francés, a 69-42 1/2; y el 4 1/2 a 99-50.

LONDRES, 27.—Los consolidados ingleses quedaban de 87 1/4 a 3/8.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 28 DE FEBRERO DE 1886.

### Sobre el discurso del Sr. Nocedal.

Es imposible profundizar en un artículo de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL las materias todas que ha tocado con mano maestra el siempre elocuente diputado por Navarra. Pero también es imposible que dejemos de llamar la atención pública hacia ese precioso conjunto de verdades, que están engastadas en su penúltima peroración, cual riquísimas perlas en una magnífica joya.

Si el discurso ha sido para todos un acontecimiento político ¿qué no ha debido ser para los católicos que venimos uno y otro día abogando por la misma causa con perseverante anhelo?

Principio el Sr. Nocedal señalando como origen de la perturbación moral que se nota, el culto a los intereses materiales, que son el Be-cerro de oro de nuestra generación egoísta que se llama a sí propia positiva.

En la primera parte de su discurso hizo una oportuna comparación de los tiempos pasados con los presentes, dando como verdadera causa de los males públicos la influencia abusiva que á lo que llaman prácticas parlamentarias concede al Congreso, sobre las facultades de otro poder independiente, en donde reside de derecho la facultad de elegir los ministros.

No se borrarán de nuestra mente las diatribas que al sistema liberal fulminó el orador, formulando de una manera conveniente y expresiva lo que todos confiesan privadamente aunque lo nieguen en público. El discurso produce la convicción de que el liberalismo es caro y malo; impotente para conservar el orden público, y tolerante con las malas doctrinas que de la prensa y de la cátedra, fuentes hoy de ideas anárquicas y disolventes, descienden á envenenar la juventud y la generación próxima; precursor del pauperismo, porque no satisface las necesidades que suscita. Esta es la suma de la feliz peroración que reñamos, y que comprende la justificación de estas proposiciones.

Indeleble está en nuestra memoria la gráfica expresión con que caracterizó á la escuela que llenaba á su decir á la nación de pequeños, de miseria y de agonía, añadiendo: *Mirad la bella prenda de que estáis enamorados.* Con todo lo cual pudo probar que, si había sistemas gubernativos que son y tienen algo de

malo y algo de bueno, ese liberalismo es esencialmente malo.

Esta gran verdad que muchos reconocen y que pocos confiesan, sería bastante para hacer digno al ilustre representante de la comunión católica y monárquica de la gratitud de sus electores y de la de la nación entera, mayormente cuando á renglón seguido de cada una de estas revelaciones daba las pruebas y señalaba el remedio oportuno.

Habló, por ejemplo, de economías; y no se contentó con pedir, sino que procedió á explicar los ramos ó artículos del presupuesto de gastos, en que podían hacerse sin perjuicio público, en el personal del ejército, en el número de los empleados, y sobre todo con la incompatibilidad absoluta del cargo de diputado con todo empleo público. Que de otro modo gastando lo que no se puede pagar, y que la riqueza pública no crece al paso que los tributos se aumentan, es evidente.

¡Dichosos los tiempos en que con una tercera parte de lo que hoy se exige á los pueblos había sobrado para satisfacer las necesidades generales, siquiera fuesen menores entonces, coadyuvando á ello instituciones que hoy están despojadas y derribadas por el suelo á impulsos de una revolución insensata! El Erario público como el tonel de las Danaides está siempre vacío antes y después de los miles de millones que le suministró la amortización, y á pesar de los dos mil que cada año vierte en el presupuesto ordinario. Pero volvamos al discurso del Sr. Nocedal.

Fueron objeto de sus ataques la centralización que conduce al cesarismo, el número excesivo de provincias administrativas y de empleados, y sobre todo la compatibilidad del cargo de diputado con los destinos públicos de cualquiera clase; «ya que el Parlamento, decía, no está bien, ni es posible que lo esté, mientras haya parlamentarismo; por lo menos que no esté mal la administración.... guardémosnos para nosotros la podredumbre y la gangrena, y dejemos que el Estado se administre bien.»

En orden á la imprenta, abogó por el sistema preventivo, y trajo á la memoria que todos los Gobiernos tienen que adoptarlo, como hubo de hacerlo en Abril de 1865 el Gabinete Narváez, á pesar de haber defendido poco antes que no había medio entre la previa censura ó la libertad omnimoda. Lo mismo hizo el ministerio actual reconociendo que todos los males venían de los abusos de la prensa, al paso que sostenía el sistema represivo. De manera que sus obras y sus palabras eran contradictorias, negándose á dictar una medida legislativa sobre lo mismo que reconocía justo y necesario para gobernar, puesto que se tomaba y decía la imprenta libre como fuente y origen de la perturbación de los ánimos.

Profundizando el argumento, presentó el elocuente orador el contraste de un reo marchando al patíbulo, en virtud de las excitaciones del periodista, que se paseaba libremente por las calles. De lo cual resulta la impunidad para el autor, y el castigo del instrumento ciego de un crimen. *¿Qué le diría su corazón* al infeliz que iba á sufrir la última pena viendo impune á su promovedor? En presencia de la confesión del Sr. Posada en el párrafo del proyecto de ley de imprenta, añadió el Sr. Nocedal: «Este párrafo está pidiendo á voz en grito un sistema preventivo.»

Ciertamente que no se puede adivinar otra contestación satisfactoria á estas palabras, más que deplorar una escuela política, que se sostiene á expensas de tales absurdos y contrasentidos y á favor de tan estrepitosos sofismas y decepciones.

¿Qué es el Gobierno ante la sociedad, si conociendo y sabiendo el origen de males tan trascendentales, tiene valor de ejecutar el rigor de las leyes sobre el infeliz impulsado por sentimientos lamentables que se despiertan con ideas subversivas que los mandatarios del poder dejan propagar impunemente? Si hubiese un envenenador público que vertiese su tóxico en las fuentes, ¿qué se le haría? Pues no merece menos el que infiltra en las venas de la sociedad las ponzoñosas ideas que fanatizan á los revolucionarios.

Con la misma exactitud trató del pauperismo. Se aumenta, dijo, la masa imponible; pero se va haciendo insufrible é insostenible la condición de las clases mal acomodadas. Inspirado estuvo al decir que si bien se podría contestar á las clases pobres que la época actual los había librado del absolutismo, del feudalismo y del fanatismo, el cesarismo á donde marchamos era el peor de los absolutismos; en lugar del señor feudal y del criterio de la libertad, los conflictos de hoy se resuelven por los estados de sitio; y que en lo que se llamaba fanatismo, pero que era devoción á Dios y á los

Santos, se había colocado el fanatismo á lo Marat, ó á lo Danton y Robespierre, y concluyendo con estas felices frases: «Fanatismo por fanatismo, mejor es el de Santo Domingo de Guzman, que el de Espartero y Mirabeau. Feudalismo por feudalismo, era mejor el paternal de los siglos medios, que el exigente de los capitalistas, de los agiotistas y de las gentes de Bolsa.» Indicó, para terminar, que estos nuevos señores feudales pronto habrían ocupado toda la riqueza inmueble de los conventos, y la condición del proletario sería entonces mil veces peor que la de los antiguos siervos, invitando á los Gobiernos á que pensasen en este tremendo problema, procurando hallar á las dificultades económicas, soluciones que produjesen el nivel entre el capital y el trabajo, para no tener que recurrir á la razón de la fuerza que hace la Guardia civil y que proclaman los cañones rayados.

En la política exterior se manifestó el señor Nocedal tan animoso ypreciado del honor nacional como el que más, ofreciéndose con sus amigos para sostener dignamente nuestra bandera en Chile y el Perú por medio de los sacrificios que el país y su interés noble reclaman. Pero deploró la imprudencia de enviar al general Prim á Méjico y el abandono de Santo Domingo, que había sido tan desacertado como lo fué en su sentir el decreto de reincorporación. Y con esta idea puso término á la primera parte de su discurso, y nosotros á la presente reseña que continuaremos otro día.

Los señores Mon y Bermúdez de Castro se llevaron toda la sesión de ayer en el Congreso, y no puede darse aun su tarea por terminada.

El primero de estos señores, en su calidad de embajador de S. M. Católica en Francia y embajador dimisionario por haber reconocido nuestro Gobierno el llamado reino italiano, tenía que hablar en la cuestión que tanto llama la atención de los españoles desde que presentó su programa el Gabinete actual.

El discurso del Sr. Mon, fuera de algunos trozos y fuera sobre todo de la conclusión (porque nosotros no transigimos hoy con menos que con un rompimiento de relaciones con la corte de Florencia); el discurso, repetimos, nos satisfizo por completo, y puso al Gobierno de S. M. y principalmente al Sr. Bermúdez de Castro en terribles apuros.

Esta es la razón que nos ha movido á darlo en el extracto de la sesión con la extensión posible.

Pero no es del Sr. Mon de quien precisamente queríamos hablar, sino de su contrincante el señor ministro de Estado; y no de todo lo que contestó á nuestro antiguo embajador de París, sino de un sólo punto de su contestación.

¿Sabe el Sr. Mon y sabe el Sr. Nocedal, preguntaba el Sr. Bermúdez de Castro, por qué apresuré yo el reconocimiento? ¿Saben por qué quise hacerlo *quanto prima*, esto es, cuanto antes? Pues fué porque temía lo que iba á suceder, porque estaba previendo lo que en efecto ha sucedido: que iban á llover representaciones y protestas de todo el mundo, contra el tal reconocimiento, exposiciones de Prelados, de varones, de hembras, de adultos y de niños, y quise evitarlo acelerando los pasos diplomáticos del negocio.

¡Magnífica, preciosa confesión liberal, entre las innumerables que todos los días estamos recogiendo! Nosotros hemos dicho siempre que no había, que no hay nada tan impopular en España como el reconocimiento; nosotros lo hemos demostrado con hechos, y principalmente con la protesta á Su Santidad, que ha producido un millón de reales y más de un millón de firmas; pero el Sr. Bermúdez de Castro lo confirma y corrobora. El ministro de Estado español sabía que iba á caer un diluvio de representaciones y protestas contra el reconocimiento, y por eso tiene prisa por llevarlo á cabo, *quanto prima*, cuanto antes. Luego el señor Bermúdez sabe que lo que iba á hacer era altamente impopular.

Y sin embargo, lo hizo. Lo hizo un Gobierno que proclama *reina del mundo* á la opinión pública: lo hizo contra esa soberana del universo, cuyos decretos, por lo visto, están sujetos al *visto bueno* de la Unión liberal.

Lo sabíamos, señor ministro, lo sabíamos, y lo dijimos en su tiempo; pero bueno es que los liberales lo reconozcan, lo confiesen y lo proclamen en pleno Parlamento.

Lo sabíamos: en el discurso de la Corona se dice que el ministerio quiere gobernar con la opinión pública, y en los discursos ministeriales sobre el discurso se viene á decir que se ha temido á esa opinión pública en el reconocimiento, y que contra ella se ha hecho.

Vamos á decir dos palabras á El Diario Es-

pañol para cumplir su deseo de oír la opinión de los diarios que llama *neo-católicos*, sobre ciertas palabras escritas por el conde de Montalembert al reverendo Padre Lacordaire, autor de un libro titulado: *Vida interior y religiosa del Padre Lacordaire*. Las expresiones del ilustre conde son como sigue, debiendo advertir que las tomamos de El Diario Español, que es probable haya añadido algo de su cosecha:

«El alma más grande (Lacordaire) de nuestro siglo ha sido también una de las más santas. Tal es la conclusión que se desprende de vuestro libro. Esta conclusión es tan consoladora como luminosa para todos aquellos que como yo y tantos otros, han sido arrastrados hacia él (Lacordaire), por su ardiente simpatía hacia todas las aspiraciones legítimas de su tiempo, por el inteligente amor que profesaba á la *sociedad moderna*, por su invencible adhesión á los *principios y conquistas* de 1789. (La soberanía nacional, la libertad de imprenta, la tolerancia religiosa, etc., etc.), y por su respeto del honor y de la conciencia.»

Gracias á vos (al autor del libro) se sabrá que este liberal impenitente (Lacordaire) como él mismo se llamaba, ha sido, no sólo un católico penitente, sino un amante apasionado de la cruz de Jesucristo.»

Dos cosas hay que notar aquí. La primera es la seguridad que nos da el señor conde de Montalembert de que el alma del elocuente orador de Nuestra Señora de París fué la más grande de su siglo, y una de las más santas; y la segunda, que su grandeza y santidad son un consuelo para los que le han seguido y tenido parte en «su ardiente simpatía hacia todas las aspiraciones legítimas de su tiempo» y en su «invencible adhesión á los principios y conquistas de 1789.» Vamos por partes.

«El alma más grande (Lacordaire) de nuestro siglo, ha sido también una de las más santas» dice el conde de Montalembert. En cuyas palabras establece claramente el escritor francés una distinción falsa entre la grandeza y la santidad. Grave engaño es este por cierto, pues la verdadera grandeza, la que eleva al hombre hasta los cielos, la grandeza delante de Dios no estriba en las dotes físicas del cuerpo, ni en la extensión y vigor de la mente, sino en la virtud y excelencias del corazón, animado en las almas justas de una fuerza superior, sobrenatural, divina, que les mueve á hacer obras heroicas y á padecer con alegría por la causa de Dios males sin tasa. Olvidado un momento el señor conde de Montalembert de estos sublimes conceptos, ha distinguido entre la santidad y la grandeza, por no decir que las ha separado, dejando á la última abandonada á sí misma, privada de su forma ó principio sobrenatural, y trepada, por consiguiente, en mera excelencia natural, común á cristianos y gentiles. Es cierto que si el Padre Lacordaire hubiera visto ensalzado por una grandeza espiritual no derivada de la fuente divina de todo lo que es verdaderamente grande, hubiera mirado con santo horror la albanza, y humillándose hasta el fondo de su nada, reconociendo como el Apóstol, que sin la gracia de Dios nada hubiera podido hacer ni pensar con relación al destino sobrenatural del hombre.

Cuanto á la otra idea del señor conde de Montalembert, debemos decir, procurando desvanecer ilusiones halagüeñas pero vanas y peligrosas, que antes de permitir el consuelo que pretende encontrar en el ejemplo del Padre Lacordaire, debería haber procurado resolver una cuestión, á saber: si la verdadera grandeza del Padre Lacordaire, si su virtud y santidad (que nosotros humildemente admitimos dejando á la autoridad de la Iglesia el fallo decisivo que sólo á ella toca) engendraron *su adhesión á los principios* del 89; ó si más bien esta adhesión fué como una sombra en el hermoso cuadro de su vida, una reliquia de los errores de su juventud, una reminiscencia de las doctrinas de su maestro el abate Lamennais, á quien siguieron antes de su caída, pero cuando su inteligencia estaba ya herida del error, tanto el Padre Lacordaire como el conde de Montalembert. Lo primero, sobre ser gratuito, pues el señor conde no trae prueba alguna de que la santidad del insigne Lacordaire fuese la razón de su liberalismo, es falso histórica y racionalmente: históricamente, porque el ilustre orador fué liberal antes que verdadero católico, antes que sacerdote, antes que santo; y racionalmente, porque probaría demasiado: probaría que todos los Santos son liberales. El sofisma sería patente.

Es preciso, pues, optar por el segundo extremo: que Lacordaire fué grande, á pesar de su liberalismo impenitente. ¿Y no sería un dolor para los que quieren consolarse con el ejemplo de Lacordaire, que trasladasen en sus pensamientos, en sus palabras y en sus obras los errores y la impenitencia de que se jactaba Lacordaire, y dejasen en el cuadro la aureola de santidad que hermosa esta excelente vida y

desvanece en cierto modo aquella sombra? ¿No será infinitamente más cuerdo aprovecharse el ánimo de la divina palabra que salía con arrebatadora elocuencia de los labios del insigne apologista y de los ejemplos de su *vida interior y religiosa* sin participar de sus errores y menos de su impenitencia?

En suma, queremos el catolicismo del Padre Lacordaire y del conde de Montalembert sin las sombras que oscurecieron estas nobles inteligencias educadas en una escuela de triste recordación, las cuales no alcanzaron á ahuyentar de seguro por no ser las almas más grandes del siglo. En cambio muchos liberales españoles tomarán de estos grandes hombres su parte débil, dejando para sus adversarios, á quienes llaman *neo-católicos*, toda aquella grandeza católica.

Es consolador para el que tiene que juzgar diariamente libros impíos, combatir doctrinas irreligiosas, y poner en evidencia el veneno de la enseñanza universitaria, dar con una publicación cualquiera digna de elogio, señaladamente si tal publicación sale de los lugares que son frecuente origen de perversos escritos.

Hace pocos días asistimos á la ceremonia de conferir la investidura del grado de doctor á los jóvenes D. German Gamazo y D. Antonio José Pou y Ordinas, los cuales eligieron para tema de sus discursos puntos de derecho canónico; el del primero versa sobre el origen de los patronatos, y el del segundo sobre la exposición de motivos y principales disposiciones del Concordato de 1851.

Aunque ordinariamente tienen poca extensión los discursos de esta clase, el último de los que acabamos de mencionar forma un cuaderno de cerca de cien páginas en 4.º, y es una curiosa colección de noticias nada vulgares sobre las negociaciones que precedieron al Concordato de 1851, y un juicio acertado de los artículos del mismo.

Innecesario es, pues, que digamos merece nuestra alabanza, que al juzgar los primeros artículos se muestre el autor ardiente partidario de la unidad del culto católico en nuestra patria, la cual á la unidad de Religión debe sus mayores glorias. Digno de elogio es indudablemente el Concordato por sus primeros artículos, aunque no tan dignos de elogio los Gobiernos que han tenido que darles cumplimiento. Por esto con razón se pregunta en el discurso que examinamos: «Si es, pues, el Concordato un pacto bilateral que obliga estrechamente á entrambas partes contratantes, puede el Gobierno de la Reina, sin ofender su buen nombre, aceptar y cumplir los artículos del convenio que le favorecen y que no poco valor comunicaron al poder que representa, dejando desatendidos los que resultan en inmediato provecho de la Iglesia, estipulados precisamente para subsanar las graves pérdidas que lamentables acontecimientos le habían causado?»

Esta justa observación; pero su misma justicia demuestra lo profundo de la falta que el Gobierno comete no concediendo á la Iglesia y á los Obispos toda aquella intervención que en la enseñanza debieran tener, garantía de nuestra unidad de culto, prenda de confianza para los padres que confían forzosamente al Estado la enseñanza de sus hijos, y pacto solemne, en fin, que sólo la mala fé puede quebrantar.

Al hablar de los cabildos, de la jurisdicción, de la nueva división y circunscripción de diócesis sustenta los buenos principios, así como al tratar de las órdenes monásticas. En estos mismos días hemos tenido que juzgar con rigor los extraños juicios de un catedrático de la Universidad al hablar de la vida monástica que parece no cree vida más perfecta y propiamente cristiana. El nuevo doctor la ensalza y encañonea como cumplimiento de los consejos del divino fundador de la Iglesia, como consecuencia necesaria del Catolicismo y como origen y fuente de innumerables beneficios de que le es deudora la sociedad.

Así podíamos ir examinando este discurso en todas sus partes, satisfechos de ver defendidas buenas doctrinas, y animado su autor del más puro sentimiento católico. Nos complace ver unidos un buen talento, notable erudición, convicciones y fe profunda en la juventud que sale de las aulas, triunfo que desgraciadamente, muchos no consiguen, y que es ciertamente difícil en el actual estado de la enseñanza. Felicitamos al joven doctor, confiando en que á proporción que en la práctica del mundo aprenda á conocer á los hombres y á las instituciones, tendrá cada día mayor fe en las disposiciones de la Iglesia, y menor confianza en que para cumplirlas se debe esperar algo de gobiernos liberales.

En merecido descrédito de la prensa periódica, nos parece legítimo, y hasta meritorio, ha-



cer notar el contraste de dos párrafos que La Razon Española publica anoche, uno casi junto al otro.

Dice el primero:

«¿Qué contestó a esto el Sr. Nocedal en su rectificación? Dándose los aires de Pontífice, rodeado de los siete capitanes de su ejército, de mujeres y chiquillos afitados en las célebres protestas, etc.»

En el segundo se dice en serio, por supuesto, lo siguiente:

«La importante circular del Cardenal Antonelli a los Nuncios pontificios, cuyos párrafos más notables transcribimos a continuación, retirando para ello gran parte de nuestro fondo, es un documento llamado a ejercer gran influencia, así en la conducta ulterior de los Gabinetes europeos con respecto a la Santa Sede, como también en el ánimo de todas las personas, que a pesar de la desconfianza natural y justificada que les inspira la excitación de las ideas en Italia, aun esperan con sobrado fundamento que los hombres llamados a encargar de imprimir su verdadero impulso a la política, hoy vacilante y anómala de aquel país, comprenderán y aceptarán francamente de una vez los deberes sagrados e indeclinables que les imponen la venerable persona del Pontífice, las conciencias alarmadas de tantos millares de católicos que levantan sus protestas en favor de los derechos imprescriptibles del poder temporal del Padre común de los fieles desde todos los ámbitos del mundo, etc.»

Aconsejamos a La Razon Española, en vista de lo expuesto, que deje de dirigir la opinión pública interin no aprenda cuando menos a tener opinión privada.

El Sr. Pastor dijo ayer en el Senado cosas muy graciosas en un discurso contra el proyecto de ley de reforma de la de imprenta.

Hablaba el orador del art. 2.º que se refiere a los Cuerpos Colegiados, y previene que toda injuria que se les infiera será perseguida de oficio y decía: «...precisamente, señores, la misión de la imprenta es examinar, juzgar y censurar nuestros actos, y no es posible hacerle sin incurrir en ese delito. Si esto se quita a la prensa, no se comprende cuál es su misión. Yo creo, señores, que es menester dar a la prensa más latitud en esa parte.»

Más adelante decía el orador: «...de escribir una gaceta en un periódico te pasa a una secretaria. Así se ven multitud de periódicos que aparecen y desaparecen en un breve período, porque no tienen más objeto que el obtener un destino, y no quiero hablar de lo que de público se dice respecto a las subvenciones que puedan o no darse.»

Y en otro lugar: «...preciso es comprender la imposibilidad de que haya una prensa como la de un país donde en pocos años ha habido siete Constituciones y ocho pronunciamientos, con trastornos, en que no se ha respetado nada y en que se ha conmovido la sociedad.»

No nos toca a nosotros hacer los comentarios de tan preciosos párrafos. Con reproducirlos basta para nuestro propósito, que era el de demostrar una vez más lo que es la prensa periódica con la autoridad de un amigo de la misma.

Otra cosa dijo también el Sr. Pastor que, a pesar de recaer sobre un asunto grave, excitó la risa de toda la Cámara. Citaba el orador una opinión emitida no hace mucho tiempo por el señor ministro de la Gobernación, según la cual debía concederse libertad completa para el libro, y añadía: «y no tenía presente su señoría que con el artículo relativo a los libros que se deja vigente, si un geólogo escribe una obra, y la con un censor algo escrupuloso, se expone a tener que alcanzar una ejecutoria para publicar su libro.»

Debemos advertir que las líneas que transcribimos son tomadas del extracto, y cabalmente en estas últimas pierden mucho de su sustancia los conceptos del Sr. Pastor. S. S. los adornó con ciertas minuciosidades que contenían toda la sal de su pensamiento. «Un censor algo escrupuloso, decía el orador, uno que tenga esas ideas que ahora están tan en moda y a quien se le antoje que tal o cual proposición no está de acuerdo con algún pasaje de la Sagrada Escritura.»

Al or hablar de ideas escrupulosas que ahora están en moda, fué cuando vimos asomar la risa en los labios de todos los senadores, y hasta el mismo Sr. Pastor se reía de lo que estaba diciendo.

Tampoco es necesario que hagamos comentarios. Ello sólo se comenta.

RECTIFICACION DEL SEÑOR NOCEDAL EN LA SESION DEL LUNES.

El Sr. NOCEDAL: Doy gracias al Sr. Bermúdez de Castro por haber esperado para contestarme a una sesión en que el estado de mi salud me ha permitido asistir: así puedo en efecto rectificar y responder a las alusiones personales de que he sido objeto en esta día, no sin hacerme cargo también de lo que me ha elevado dentro de los mismos límites de algo de lo que se ha dicho por los señores que antes de hoy se han ocupado en contestar a mi discurso.

El primero que tuvo la bondad de contestarme, y lo hizo en nombre de la comisión, fué mi amigo el señor Mena y Zorrilla. Tengo que decir a este señor diputado, el cual sabe que sinceramente le llamo amigo mío, muy pocas palabras. Todos los argumentos contenidos en su discurso me eran conocidos; los había leído en un folleto escrito por Mr. Lagueronniere en una serie de artículos de un periódico de París que se intitulaba La France. Ni los artículos ni el folleto de Mr. Lagueronniere han logrado convencer al Sr. Mena y Zorrilla, y como yo estoy resuelto a no convencerme hasta que se convenga el Sr. Pontífice, no puedo convencerme ahora a ver la reproducción en labios de mi querido amigo el Sr. Mena y Zorrilla.

El Sr. Moreno Nieto comenzó hoy su peroración diciéndonos que debíamos desistir de nuestro fatal empeño de hacer aparecer incompatible la libertad con el Catolicismo: ¿cuándo, en dónde nos ha oído a nosotros semejante cosa el Sr. Moreno Nieto? Antes por el contrario, nosotros sustentamos en una y otra ocasión, todos los días, que la libertad verdadera es hija del Catolicismo; lo que decimos que no es compatible con la doctrina católica no es la libertad, es el liberalismo, que es la libertad lo que el parlamentarismo al Gobierno representativo. El liberalismo es la falsificación de la libertad, así como el parlamentarismo es la falsificación del sistema constitucional. Eso, que no lo otro, es lo que nosotros sustentamos todos los días. No nos recomiendo pues el Sr. Moreno Nieto que declaremos a la libertad compatible con el Catolicismo: nosotros decimos más que eso; sostenemos que la libertad es la hija legítima del Catolicismo, y creemos incompatible con la doctrina católica al liberalismo, que es la moneda falsa de la libertad.

El Sr. Moreno Nieto al entrar en el examen de la cuestión social, acerca de lo que no tuvo yo ocasión ni tiempo de hacer sino alguna ligera observación, separándose de lo que después ha dicho el señor ministro de Estado, nos dió casi completamente la razón, y dijo que en sustancia y en el fondo cuanto en ella se decía era cierto.

Doy las gracias por esta concesión al Sr. Moreno Nieto, y opongo sus palabras a las que acto continuo me ha dirigido el señor ministro de Estado, el cual es menester que entienda que cuando yo he dicho que con las reformas revolucionarias se había hecho más ricos a los modernos ricos, pero también más pobres a los pobres, en primer lugar me refería, no a los que vivían de la sapa, sino a los que viven de su trabajo, como son los colonos y los jornaleros, que hallaban natural amparo y grande desahogo en el desinterés de los antiguos propietarios.

Esto no sólo sucedía en España, sino en toda Europa. Esa clase de pobres es hoy más desgraciada, porque la revolución les ha quitado aquella masa inmensa de opulentos propietarios desinteresados, que no solamente eran protectores y amparadores de los colonos o arrendatarios y braceros o jornaleros, sino que además establecía una especie de tasa moral e indirecta en la perpetua lucha del capital con el trabajo. Y decía yo: habiendo quitado todo eso que existía en el antiguo, ¿cómo lo habéis reemplazado? ¿Habéis pensado en lo expuesta que la sociedad ha quedado cuando quitados súbitamente aquellos puntales en que antes reposaba, no los habéis sustituido con otros que la sustenten en el futuro?

Este era mi argumento, y a él todavía como veis, señores diputados, no han contestado ni el señor ministro ni el Sr. Moreno Nieto. En cuanto al desvalido que no puede vivir, ni con el arrendamiento, ni con el jornal, es decir, a los pobres verdaderos, a las viudas, a los huérfanos, a los ancianos, a los enfermos, mientras no venga alguna civilización que les haga desaparecer de la faz de la tierra, civilización que no vendrá porque el Evangelio ha dicho que los tendremos siempre con nosotros, ¿le parece al señor ministro de Estado que basta decir que hoy se les envía a trabajar quitándoles la sapa humillante de los conventos?

En lo antiguo, en la Europa entera, los pobres desvalidos que no podían trabajar por impedimento físico o moral, tenían levantados verdaderos palacios: que esa y no otra cosa son los magníficos monumentos de las artes, que llamándose hospitales o casas de caridad, legaba el Cristianismo a la admiración de las generaciones futuras, y eran al mismo tiempo amparo y auxilio de aquellos que no podían vivir con su trabajo, y que han de estar siempre con nosotros.

Con qué reemplazais esos magníficos hospitales, esos bellísimos palacios en donde en lo antiguo se abrigaba la irremediable miseria humana? ¿Con qué reemplazais esos monumentos de nuestros padres, en donde se daba acogida al infeliz que no podía vivir con su propiedad porque no la tenía, ni con su trabajo por su incapacidad física o moral? Esto existirá siempre, y en lo futuro no tiene donde acogerse; en lo antiguo tenía palacios.

Porque la Iglesia no había enseñado que el ser pobre no deshonra cuando la pobreza no proviene de los vicios, y cuando se lleva con dignidad y con paciencia; que lo que deshonra al pobre es el orgullo y la soberbia; ha sido menester que viniera la escuela democrática, para hacer del pobre un soberbio, un sectario de Satanás, en vez de ser como antes un hijo querido de Jesucristo, un miembro eminente de la Iglesia. Está equivocado el señor ministro: la caridad ennoblece al que la hace y al que la recibe; la caridad, virtud cristiana por excelencia, tiene este singular privilegio: así ennoblece, así engrandece al opulento que hace obras de misericordia, como ennoblece al pobre humilde y resignado, imagen de Jesucristo.

El Sr. Moreno Nieto incurrir en un error que es propio de la escuela racionalista que vulgarmente se llama moderada o mitigada: que es la de querer dar lecciones a la Iglesia, y considerarla como una de tantas instituciones que entran en el cuerpo social y político de los pueblos. Yo me permito decir al Sr. Moreno Nieto que huya de esos caminos que son muy peligrosos y que no se adonde le pueden llevar. Que por el pronto medite su conducta, y en lugar de dar consejos a la Iglesia, recibamos como todos debemos recibirla y acatemos humildemente.

Al llegar a este punto recuerdo con entusiasmo un período elocuentísimo que salió de los labios del señor Moreno Nieto. Aquel apóstrofe a Italia y aquel recuerdo de Polonia, que no ha podido menos de afectar a nuestros corazones católicos. ¿Quién se interesaba vivamente en las amarguras de aquel país desgraciado? ¿Quién ha vertido lágrimas amargas y ha elevado fervientes oraciones por la desventurada Polonia? ¿Quién ha sido el amigo, el protector, el padre, el ángel tutelar de los polacos? ¿Quién ha sido Sr. Pío IX? ¿Atrás los demócratas que se fingen defensores de Polonia? ¿Atrás los liberales? ¿Atrás los hipócritas y mentirosos revolucionarios, que vierten lágrimas de cocodrilo sobre el cadáver ensangrentado de la nacionalidad polaca? ¿Atrás cada un el paso al Soberano Pontífice, único que los protege, único que eleva preces al Dios de las alturas para que los remedie en los infortunios y desgracias que padecen por conservar íntegra la católica fe de sus gloriosos abuelos!

Pues bien, señores: ¿se puede hacer esto impunemente? No por cierto. Que, tantos días hace que rompí sus relaciones con Rusia por defender con sus simpatías religiosas, con su simpatía moral de Padre y de Vicario de Cristo la causa de Polonia? Qué, ¿no recordais las palabras insolentes de que ha sido objeto

en su propio palacio? ¿No sabéis que el Pontífice acababa de romper sus relaciones diplomáticas con el Czar de las Rusias, únicamente por no dejar de ser el ángel tutelar de los polacos? Calle la revolución, no se atreve a tomar en sus labios el nombre de Polonia; de la libertad de Polonia sólo puede hablar el Pontífice Romano, que condena todas las revoluciones, y llama a todos los infortunios y consuela todas las desventuras y desgracias. (El señor presidente toca la campanilla.) Conozco los límites de mi deber y no saldré de ellos; en primer lugar, porque me lo prohíbe el reglamento; y en segundo, porque no hay nadie a quien yo quiera causar menos disgusto que a una persona tan digna, tan prudente, tan elevada como la que por nuestros votos está sentada en ese sitio.

Pero permitidme, señores diputados, y por Dios que me lo permita el Sr. Presidente: permitidme decir que tras el recuerdo de Polonia evocó luego el señor Moreno Nieto el recuerdo de Italia. Italia tiene derecho a ser independiente; Italia tiene razón si se contenta únicamente con que la gobiernen italianos. Yo no he censurado jamás al pueblo de Italia cuando ha querido echar de su recinto a los extranjeros. Pero ¿sabéis por qué no es independiente? Porque no hay en la tierra más que un poder que puede hacerla independiente, ese poder es el del Padre Santo.

Allí tiene Italia su esperanza y su grandeza. El Soberano Pontífice andando los tiempos, y no andando mucho, acaso es el único que podrá asegurar su independencia. Mientras no se ponga en sus manos, mientras no vuelva los ojos a la ciudad eterna, mientras no le confíe su salvación, será presa y campo de batalla de franceses y tudescos. Que lo espere todo del Pontífice Romano, y sólo así será independiente cuando plazca a la Divina Providencia.

El señor ministro de Estado se permitió decir el otro día, que de qué manera se habían hecho las elecciones en las provincias por donde hemos sido elegidos diputados mis amigos políticos y yo. Yo, señores, tengo que oponer una rotunda negación a lo dicho por S. S. En Navarra no se ha formado causa ninguna por semejantes hechos; en Navarra no hay una sola de las causas a que ha aludido el Sr. Bermúdez de Castro; en Navarra, por donde son diputados todos los que firman la emienda, y por Vizcaya, por donde lo son otros, no han acontecido esos desmanes, esos excesos que segun el señor ministro de Estado han tenido lugar en alguna otra parte que completamente ignoro; pero por lo pronto, lo que sí puedo decir a S. S. es que en Navarra el hecho es absolutamente equivocado, que han engañado a S. S., que han abusado de su natural candor. (Risas.)

Por Dios, señores diputados, que no es justo lo que pasa; y sobre ello llamo muy particularmente la atención de los ministros de la Corona; y se la llamo, no sólo con la mayor formalidad, sino con la más completa buena fe. Por Dios, que lo que pasa es bien digno de llamar la atención. Haced vosotros, y no yo, una ley electoral y conceded por ella derecho de votar a casi todo el Clero, y después le criticáis porque hace uso de este derecho.

Y, señores, una vez concedido el derecho, ¿no es más natural que me velen a mí que al Sr. Bermúdez de Castro? ¿Si recordaban, como recordarian, que yo terminé la legislatura protestando en favor de los derechos del Pontífice como Soberano temporal, y que el Sr. Bermúdez de Castro la terminó imponiéndose a mí por que defendía esos sagrados derechos? ¿Qué habíais de hacer los Curas a quienes habéis dado derecho electoral, si no votamos a nosotros, aunque no sea más que para protestar legalmente contra el reconocimiento del llamado reino de Italia? ¿Es lógico lo que hacéis? ¿Habéis dado derecho electoral a los Sacerdotes; ¿cómo no tenéis paciencia y tolerancia porque hagan uso de él? Si concedéis a los Sacerdotes derecho electoral, ¿por qué les negáis sus consecuencias? El que tiene el derecho de elegir, tiene el derecho de concertarse con sus amigos para ver el mejor uso que puede hacer del derecho que se le concede. ¿Por qué pues censuráis, si eso es lo que hacen los ciudadanos todos a quienes la ley concede el derecho electoral?

El Sr. Bermúdez de Castro ha dicho también que no enemigos del parlamentarismo queremos combatir, no sólo hablando contra él, sino desacreditándolo con los hechos. Señores: desde 1843 estoy siendo diputado, con una ligera interrupción forzosa ocasionada por artes de la Unión liberal en Toledo. Pero desde entonces hasta la fecha, ningún discurso mío ha producido ninguna reclamación de parte de nadie; jamás he tenido ningún choque con ningún compañero. Hay más: en este sitio no se sienta nadie que haya sido llamado menos veces al orden. Más aun: he visto a los diputados en las Cortes consintiendo dando voces contra mí, y el presidente, que lo era a la sazón el Sr. Madoz, reconvenirlos con estas palabras: «Mirad que está en el uso de su legítimo derecho.»

Ahora, si cuando se dice que venimos a desacreditar el parlamentarismo no sólo con nuestros discursos sino con los hechos, se alude a los de otros, enhorabuena. Si el Sr. Bermúdez de Castro tiene por amigos míos a todos los que contra su intención y su voluntad han producido escándalos, entonces mi regimiento es numerosísimo; porque yo no he dado escándalo ninguno, pero los estoy presenciando todos los días. Así, por ejemplo, mientras he estado enfermo sé que ha habido una escena que ha terminado satisfactoriamente entre los Sres. Elduayen y Cuesta; y por lo visto serán estos señores de los míos. Posteriormente otra entre los Sres. Cánovas y conde de San Luis.

Me alegro mucho de que el Sr. Cánovas resulte por ende no-católico. No; nosotros por el contrario queremos unir el ejemplo a la doctrina, y por eso al depurar los excesos del parlamentarismo, procuramos, en cuanto de nuestras fuerzas depende, que son pocas y débiles, porque al fin somos hombres, y hombres que valemos menos que el Sr. Bermúdez de Castro, procuramos, digo, no dar lugar a esas escenas para que no se nos puedan echar en cara con razón.

Que nosotros defendamos el absolutismo. Yo, por mi parte, y en nombre de los compañeros que aquí se sientan conmigo, le hago donación y regalo del absolutismo al señor ministro de Estado. Eso no es cierto; esa es una equivocación en la cual yo no va siendo licito incurrir después de lo que acerca de esto hemos dicho, no una, sino mil veces. Pero, en fin, después de repetirla una más, todavía diré al Sr. Bermúdez de Castro que no emplee para combatir el absolutismo las razones que esta tarde, porque va a concluir por hacerle más popular. ¡Pues no ha dicho que todos y cada uno de los ministros que ha habido en esta época valen más que los que hubo duran-

te el absolutismo en España! ¡Ah! ¡Conque todos los que nos hemos sentado en ese banco nos podemos hollar con el Cardenal Jimenez de Cisneros y con el marqués de la Ensenada! Es posible que el Sr. Bermúdez de Castro esté en ese caso; pero el mejor de todos los casos que han sido ministros, y yo el más indigno de todos, estamos muy lejos de compararnos, no ya con el Cardenal Jimenez de Cisneros, gloria de España, pero ni siquiera con el marqués de la Ensenada, ministro del Rey de la estirpe de los Borbones, único entre los que han muerto que ilustra su dinastía en España. El señor ministro de Estado dice que con nuestros argumentos en contra del reconocimiento de Italia hacemos a la Religión más daño que provecho, y que S. S. hace más provecho que nosotros acomodándose a las exigencias de los tiempos.

Pues yo digo a mi vez al señor ministro de Estado, que pareciéndome muy competente su voto en todas las cosas, y siendo una persona cuya opinión gusto de saber, si no para seguirla al menos para apreciarla, en este punto conozco otras que son para mí más competentes. Al día siguiente de haber yo pronunciado mi discurso contra el reconocimiento del reino de Italia, dispuso la Providencia que cayera en mis manos por primera vez un despacho dirigido por el Cardenal Antonelli a los Nuncios de Su Santidad en el orbe católico, en el cual sigue oponiéndose el Cardenal y la Santa Sede a prestarse al reconocimiento; y yo tengo la flaqueza de creer en este asunto más competente al Cardenal Antonelli que al Sr. Bermúdez de Castro.

El señor Cardenal Arzobispo de Santiago, en esa serie de magníficas cartas que ha publicado recientemente, ha dicho en efecto que no es de dogma la soberanía temporal de la Santa Sede. Es claro: ¿quién ignoraba esto? Esto lo ha dicho el señor Cardenal de Santiago para que le sirva de base y cimiento, sobre el cual fundar después un serio de consideraciones importantísimas dirigidas contra los que piensan en este asunto como el señor ministro de Estado.

No es de dogma la soberanía temporal de la Santa Sede, ni dijo tal cosa mi digno amigo el Sr. Navarro Villoslada cuando interrumpió al señor ministro, que sin duda le oyó mal; pero las cosas son necesarias, o absolutamente secundum quid, como decía el señor Posada Herrera hace cuarenta y ocho horas, a propósito de otro asunto, y con mucha razón. Desde la destrucción del Imperio romano y conversión de aquel universal Imperio en una multitud de Monarquías, se ha hecho necesaria la soberanía temporal de la Santa Sede; y por eso ha dicho el Cardenal Arzobispo de Santiago y todos los Obispos de la cristiandad que en el orden de los sucesos humanos, en el actual modo de ser de las sociedades es necesaria la soberanía temporal de la Santa Sede para el régimen espiritual de la Iglesia y salvación de las almas; de lo cual entiende más el Cardenal Arzobispo de Santiago que el señor ministro de Estado.

También es cierto que no es de dogma que la Soberanía temporal de la Santa Sede acañe a tales o cuales provincias; pero no es menos cierto que está condenado por la Iglesia el que despoje de su legítimo territorio a la Santa Sede. (El señor ministro de Estado: ¿Quiere V. S. leerlo?) El que, la condenación a la carta? La carta la tiene V. S. sobre su mesa; pero la condenación, ¿duda el señor ministro de Estado de ella? Pues está en el concilio de Trento y en las Letras apostólicas de que hablé el otro día y que se insertaron en el Diario de las Sesiones y en el Extraccio que se remite a los periódicos; condenación en la cual nuestro Santísimo Padre Pío IX, recordando el concilio ecuménico de Trento, dice que él lo renueva. El cual concilio, dicho sea esto de paso, es una ley de España, y como tal es reconocida por el Gobierno español.

El Sr. PRESIDENTE: Si el orador reflexiona un poco, me parece que ha de reconocer que se está excediendo algo de su derecho de rectificar.

El Sr. NOCEDAL: Bien conoce el señor presidente que no puedo menos de hacerme cargo de lo relativo a la constitución apostólica del Padre Santo predecesor de Pío IX, del Pontífice de gloriosa memoria Gregorio XVI. Con leer yo el principio y el fin de la constitución apostólica de Gregorio XVI, dada *motu proprio* por Su Santidad en 5 de Agosto de 1831, queda contestado el argumento del señor ministro de Estado.

Dice así: «El cuidado de las Iglesias que a los romanos Pontífices incumbe, por virtud de la custodia de la fe la grey cristiana, que por instrucción divina les está encomendada, los mueve a procurar con toda diligencia y en todos los ámbitos de la tierra cuanto pueda convenir a la más recta administración de las cosas sagradas y a la salvación de las almas.»

Y el: «...y en nuestro nombre y en el de los romanos Pontífices nuestros sucesores, de nuevo testamos que en todo lo que se refiere a estos tiempos, lugares, personas y circunstancias, tan sólo buscamos lo que a Cristo pertenece, y que ante todo hemos tenido presente como único fin de nuestras determinaciones lo que más directamente conduce a la felicidad espiritual y eterna de los pueblos.»

Aquí tiene el Sr. Bermúdez de Castro lo que hace la Santa Sede en casos parecidos al que tenía por objeto la constitución a que me he referido.

El Vicario de Jesucristo no deja abandonados a los fieles; el Vicario de Jesucristo jamás deja de atender a las necesidades espirituales de las almas que le pertenecen como Vicario de Jesucristo; y con objeto de atender a esas necesidades, sin reconocer ningún derecho, trata con todas las potestades de la tierra de hecho constituidas, aunque sean católicas y heréticas cuanto más ilegítimas, sin tenga otro objeto ni otros fines que llenar su misión salvadora y divina de Vicario de Jesucristo en la tierra.

Cuando el Sr. Bermúdez de Castro me prueba que las necesidades espirituales de los italianos exigen que la España reconozca a Víctor Manuel como Rey de Italia, admito la identidad del ejemplo: mientras así no sea, el ejemplo que ha citado me probará únicamente que la Santa Sede se ocupa antes de las almas que de lo terrenal y corpóreo.

Por último, el Sr. Bermúdez de Castro, mi amigo, ha referido algunos hechos que no me constan relativos al Monarca napolitano y que precedieron a la expatriación de Francisco II. En cuanto a los hechos diplomáticos, notas, despachos e historias oficiales de la diplomacia europea, yo espero con la misma ansiedad que el Congreso que al cabo tome parte en la discusión el Sr. Mon para que como embajador de España en París, explique algunos hechos en que ha

intervenido. Yo, por mi parte, he de decir al señor ministro, que Dios me libre de decir una sola palabra que aparezca en libro de censura contra Francisco II y contra su dinastía. A ese Monarca le juzgará la historia: hoy todas las almas bien nacidas y elevadas, todos los corazones generosos deben respetar a la Majestad caída.

Dejando a un lado, pues, a ese Monarca caído, digno por su majestad, digno por su desgracia de todo el respeto de los hombres bien nacidos, diré que yo sé de muchas dinastías que han caído expiando sus propias faltas o las de sus progenitores; repetiré lo que dije a las Cortes constituyentes: que en las revoluciones y trastornos de Imperios y de reinos, lo mismo que en otras plagas y calamidades que envía la Divina Providencia, no hay otra cosa que hacer sino cruzarse de brazos, bajar humildemente la cabeza, y decir a los pueblos asombrados: *dejad pasar la justicia de Dios*. He dicho.

Han sido trasladados, dice La Correspondencia, a Pamplona y Valencia, para donde saldrán muy en breve, los regimientos de infantería Navarra e Iberia, que se hallaban de guarnición en Zaragoza.

Se ha dispuesto igualmente que el regimiento de caballería de la Albuera, 4.º de cazadores, que se halla de guarnición en el distrito de Castilla la Nueva, y el de la Princesa, 3.º de húsares, que lo está en el de Castilla la Vieja, cambien respectivamente de destino.

Anteayer se celebró en la capitanía general de Valencia un consejo de guerra de oficiales generales, para fallar la causa instruida al primer jefe y un capitán del provincial de Requena.

Leemos en El Porvenir de Sevilla:

«En la tarde del domingo se verificó en el palacio de San Telmo el bautizo del recién nacido, poniéndole por nombre Antonio María Luis Felipe, Ramon, Francisco de Paula, Juan Florencio. Fueron los padrinos los serenísimos señores condes de París, representados por S. A. la Serma. Infanta doña María Amalia. Le fué administrado el Sacramento por el señor Obispo de Córdoba. Numerosa y al par brillante concurrencia se hallaba para asistir al solemne acto en el interior de la capilla del palacio. Para solemnizar el advenimiento a la vida del ilustre Infante, sus altezas reales han mandado distribuir limosnas a los establecimientos de beneficencia, como han sido: Asilo, 4,000 rs.; al Beaterio de la Trinidad, 4,000; Escuelas dominicales, 2,000; San Vicente de Paul, 2,000; Caridad, 2,000.»

En Barcelona se ha abierto una suscripción en favor de los españoles residentes en Chile, a quienes se ha obligado a trasladarse a Santiago con abandono de sus intereses. Autorizada por el gobernador de la provincia, se celebró en aquella capital una reunión numerosa, nombrándose en ella a las personas que han de cuidar de recaudar los fondos y enviarlos a su destino.

**Han podido al fin recuperarse 296** billetes de 4,000 rs., pertenecientes a la serie de los falsificados descubiertos el día 23 de Diciembre último. Los billetes recuperados componen la respetable suma de 1.184,000 rs., cantidad que, puesta en circulación hubiera ocasionado la ruina de una casa de comercio.

**El día 4 de Marzo próximo dará** principio a las diez de la mañana la rectificación del alistamiento para el reemplazo del ejército del corriente año, y seguirá hasta el 23 del mismo mes. La rectificación se hará en las diez tenencias de alcalde en que está dividida esta capital, donde los interesados podrán presentar sus reclamaciones.

**Segun cuentan los viajeros en la** sierra inmediata a Madrid, y particularmente en el puerto de Navacerrada, ha caído estos últimos días gran cantidad de nieve. El temporal que aquí se experimenta puede decirse que es general en casi todas las provincias de España, y aunque poco agradable, favorece mucho a los sembrados y hace concebir a los labradores esperanzas lisonjeras con respecto a la cosecha próxima.

Hoy ha amanecido nevando en Madrid. Ayer a las doce del día recibió la investidura de doctor en la facultad de derecho civil y canónico nuestro amigo el licenciado D. Eduardo del Regato y Toca. Leyó un notable discurso sobre la importantísima materia de *desheredación y sus causas*, en donde dió a conocer una vez más el señor Regato facilidad en el escribir y su erudición, muy particularmente en las legislaciones extranjeras. Su padrino el doctor D. Juan Blanco Solana pronunció un breve pero correcto discurso de presentación.

**Dice un periódico:** «Algunos estadores ambulantes suelen ofrecer en las inmediaciones del Banco y en las plazuelas o mercados públicos el cambio de billetes por un descuento módico, y que al parecer, proporciona mucha ventaja; pero el que se fía de ellos, como no sea listo, se encuentra luego con que parte de la moneda que recibe es falsa, y que, por lo tanto, ha sufrido una pérdida considerable.»

## ULTIMA HORA.

### SENADO.

La comisión ha retirado el art. 3.º del proyecto de ley de reforma de la de imprenta, sustituyéndolo con otro, a que ha dado lectura.

El Sr. Corvera ha usado de la palabra por algunos momentos, reservándose hacerlo más extensamente para cuando defienda la enmienda al art. 1.º.

El Sr. Corradi, consumiendo el segundo turno contra la totalidad, combatió el proyecto en un largo discurso en que pondera las excelencias de la prensa periódica, diciendo, entre otras cosas, que debía ser una institución, la cátedra constitucional en que los ciudadanos aprendiesen sus derechos y deberes.

La manifestación de una opinión no puede considerarse jamás como un delito, según el Sr. Corradi, y si se oprime la discusión de las doctrinas, dice el orador, los periódicos se entregarán a discutir personas como ahora sucede, con pocas excepciones.

El Sr. Corradi señala que antes (no tenemos la memoria noticia) se discutían doctrinas, pero ahora los periódicos se ocupan principalmente en personalidades, y que este mal ha pasado también a las Cámaras, cuyos bancos y cuyos tribunas se ven desiertos cuando se trata de alguna cuestión importante, al paso que se llenan cuando se espera que se trate de cuestiones personales.

El orador continúa censurando que el nuevo proyecto conserve el editor responsable.

### CONGRESO

El Sr. Mon está haciendo un nuevo discurso, leyendo una correspondencia que ha mediado entre su señoría y el Sr. Beaudet de Castro, correspondencia muy significativa, acerca de la dimisión que de su embajada hizo el orador.

Le contestará el Sr. Bermúdez, y probablemente hablará hoy también el conde de San Luis.



## CÓRTESES

## SENADO.

Extracto de la sesión celebrada el día 27 de Febrero de 1866.

A las dos y cuarto abrió la sesión el señor duque de la Torre.

Aprobóse el acta de la anterior.

El Sr. ELIPE suplicó al señor ministro de la Gobernación que enviase al Senado el expediente en averiguación de los sucesos del 8 y 10 de Abril del año último.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN contestó que por su departamento no se había instruido expediente alguno, si bien por el de la Guerra creía que se abrió una información sobre la conducta de la Guardia civil; información que se enviaba al Senado si no había inconveniente por el señor ministro del ramo.

El Sr. ELIPE dio gracias al señor ministro, e insistió en que al par de aquella información del ramo de Guerra, se llevase al Senado cualquier documento que sobre este asunto existiera en el ministerio de la Gobernación.

El señor ministro replicó que ninguno había, porque no había quedado resto ni en el Gobierno de Madrid ni en la secretaría de Gobernación del expediente que parece se formaba, y del que tuvo noticias por haberle enseñado unos papeles el entonces gobernador de Madrid, que eran una copia, según le dijo, de aquel expediente.

El Sr. ELIPE manifestó que si nada existía, era bueno que así constase, porque esto probaría que no se había cumplido lo que se anunció de que se iba a instruir expediente.

Se entró en la orden del día, y se puso a discusión el proyecto de ley reformando la de imprenta vigente.

El Sr. PASTOR habló en contra, comenzando por manifestar que deploraba y censuraba los extravíos de la prensa y deseaba que se evitasen; pero que no creía que esto se consiguiera por la práctica del proyecto que se combatía.

Que como periodista y publicista, nunca tuvo que sufrir censuras, y que como ministro dispuso que no se recogiera nada que fuese contra él o sus actos ministeriales.

Para juzgar con un criterio imparcial y de tradición, extendióse el orador en examinar, á grandes rasgos, lo que sobre la legislación de imprenta había existido en España desde que se inauguró el sistema constitucional.

Llegó á ocuparse en la ley de 1857, y la calificó de previa censura, apoyándose en el testimonio del malogrado Sr. Calderón Collantes, ministro que fué de Estado, y recordó que la Unión liberal, á pesar de que la ley era mala, la apadrinó por espacio de cinco años.

Recordó los clamores que contra la ley de imprenta se levantaron constantemente y la modificación que al fin se hizo poniendo en práctica la que hoy rige, y leyó las circulares que sobre imprenta habían dictado los Gobiernos de todos los matices, que eran otras tantas disculpas de la actitud de ella considerándola como hija de sus inspiradores, los partidos.

Entró á ocuparse en examinar el proyecto que se discutía, y que en concepto del orador era el más duro que se había presentado, comenzando por atacar lo que sobre editores se consignaba, porque era matar la prensa el sostenerlo, como así lo creían los mismos á quienes se había consultado sobre este punto.

Respecto á los escritos que injuriasen á los ministros y á los senadores y diputados, sostuvo el orador la doctrina de que la prensa debía tener el derecho de escribir, y escribir fuerte, cuando censuraba actos ó palabras duras é injuriosas de los ministros, pues era claro que si bajo la inmunidad parlamentaria se calumniaba, nada de extraño tendría que un periódico injuriase al que calumnia.

Para poner un ejemplo leyó las palabras del señor ministro de la Gobernación cuando habló de los *Amigos de los pobres*, y dijo que no podría evitarse sino que antes bien estaría en su derecho el escritor que se sintiera calumniado por aquellas frases, hijas sin duda del calor de la improvisación, y llamase al ministro calumniador.

Además recordó el texto del artículo para probar que con él no era posible á los periódicos quejarse ni de las faltas de un sereno, porque era una autoridad en ejercicio.

Si el proyecto llegaba á ser ley, creía el orador que vendríamos á tener la peor de imprenta y la más represiva, no ya contra el periódico, sino contra el libro, porque se notaba el absurdo de que se conservaba el artículo 4.º, que colocaba al libro al igual del impreso diario.

Nunca la imprenta había promovido rebelión ni revolución alguna, antes bien las persecuciones contra la imprenta habían producido. Esta opinión, según el orador, era la del Sr. Infante, presidente de la comisión.

Negó que con este proyecto se dominasen los escosos y los males de la prensa, fundando su creencia en los hechos prácticos que lo demostraban así. La causa por que la prensa no se mejoraría era la de que los periodistas nada tenían que temer, sino los editores, esos responsables cuya existencia no se comprendía.

Censuró por último lo que en la ley se refería á la acción de injuria y calumnia, y terminó expresando su creencia de que la imprenta no era más que el espejo donde reflejaban las pasiones y la actitud de los partidos, por cuya razón la culpa no era de la prensa, y recordó aquellos versos de

Arrojar la cara imperta,  
que el espejo no hay de qué.

El señor ministro de la Gobernación comenzó su contestación por recordar que el proyecto que se discutía no creaba nada nuevo ni introducía preceptos, limitándose á extender lo que sobre injuria consignaba la ley actual.

Hizo cargo de los que hablaban de sujetar al Código penal los delitos de imprenta para demostrar que si así se hiciera, quedaría la imprenta sujeta á la ley más severa que pudiera crearse.

La cuestión, pues, se reducía, en concepto del señor ministro, á si en la ley de imprenta habían de consignarse una ó cuatro ó más acepciones en el artículo que trata de los actos que no podrán ser censurados por los periódicos.

No negó que los editores eran una creación imperfecta; pero al propio tiempo recordó que la creación

fué invento de los mismos escritores para eludir la responsabilidad, adoptándola la ley como el mejor medio de que legalmente exista el que ha de responder de los delitos que se cometen por los periódicos.

Examinó el daño que podría hacer la prensa, y halló, que si sus censuras no son bastantes para matar la reputación que está bien basada, eran, sin embargo, bastantes para rebajar los méritos de hombres ilustres.

Añadió que la prensa había pretendido nivelar todo y confundirlo, ignorándose ya quienes son los buenos y quienes los malos, porque nada respetaba como no fuese al que con una espada ó una pistola se hacía respetar. Esta era la verdad, en su entender, y sin perjuicio de que por su parte profesaba afecto y estimación á la mayor parte de los periodistas, entre los que tenía buenos amigos.

Sostuvo la conveniencia de que se modificase la ley en el sentido que la modificaban los artículos del proyecto.

Recordó que la Unión liberal no mantuvo la ley del Sr. Nocedal, porque la aceptase, sino porque el proyecto que el Gobierno presentó no llegó á aprobarse, á pesar de haber estado discutiéndose tres legislaturas.

El Gobierno quería que la imprenta tuviera gran libertad para discutir todos los grandes intereses del país, pero no que aquella libertad se le conceda para las cuestiones de personas.

Lamentó que las cosas hubieran llegado á introducir el embrollo en las ideas hasta el punto de que se pretendiera por el Sr. Pastor que los periodistas fuesen invariables como los ministros y los senadores; pues tanto valía el pretender que por lo que el orador dijo sobre los *Amigos de los pobres* podían aquellos creerse con derecho para injuriar.

Y estrañóle que el Sr. Pastor se hiciera eco de los *Amigos de los pobres*, hoy que precisamente había sido citado á juicio el orador por los individuos de aquella asociación, coincidencia rara en verdad.

Por lo que á los *Amigos de los pobres* hacía, el señor ministro declaró que estaba dispuesto á retirar sus palabras siempre que se le demostrase y probase que no habían ocurrido los sucesos á que se refirió cuando se pronunciaron.

Y terminó insistiendo en la necesidad de que la prensa fuese reprimida en sus desmanes, sin coartarle la acción libre que hoy goza.

El Sr. PASTOR rectificó y se levantó la sesión. Eran las cinco y cuarto.

## CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS Y ROSAS.

Extracto de la sesión celebrada el día 27 de Febrero de 1866.

La sesión empezó á las dos. Leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El presidente del CONSEJO subió á la tribuna de uniforme, y leyó un proyecto de ley fijando las fuerzas del ejército para el próximo año económico, en 85,000 hombres.

El Sr. BELDA pidió una nota de las separaciones y suspensiones de alcaldes, tenientes de alcalde, secretarios y regidores de ayuntamientos. Además presentó una exposición contra la separación del alcalde de Palencia, y pidió el expediente de esta separación.

El ministro de ESTADO prometió ponerlo en conocimiento del Gobierno, quien traería sin duda los documentos que pedía el Sr. Belda.

El Sr. YÁÑEZ RIVADENEIRA preguntó al ministro de Fomento la causa de la paralización de los trabajos del ferro-carril de Galicia, y pidió el expediente que se había formado al efecto.

El ministro de FOMENTO dijo que no había expediente especial sobre este asunto, y que traxera al Congreso el expediente general sobre este ferro-carril.

El Sr. PEREZ DE MOLINA preguntó si el Gobierno había enviado la nota que él pidió sobre las disposiciones que había tomado el Gobierno durante la última insurrección militar.

El general O'DONNELL dijo que si la nota se reducía á las traslaciones de sargentos que el ministro de la Guerra había hecho, en uso de sus facultades, vendría al Congreso, pero que no podían traerse á la Cámara popular todas las órdenes dadas por el Gobierno y los despachos recibidos de las autoridades de provincia.

El Sr. PEREZ DE MOLINA dijo que la nota no sólo debía referirse á los sargentos, sino también á los oficiales trasladados gubernativamente.

Entróse en la orden del día, y continuó la discusión pendiente.

El señor ministro de ESTADO se quejó de que habiéndose referido á una constitución de Gregorio XVI, sin leerla, había sabido que dicho documento íntegro y traducido no fielmente, había sido enviado á la Imprenta Nacional en palabras subrayadas para que fuese intercalado en su discurso, lo cual era una cosa grave, y que ponía en conocimiento de la mesa.

El Sr. PRESIDENTE manifestó que había procedido ya á las averiguaciones necesarias y que procederá á lo que cumple á su deber.

El Sr. NOCEDAL dijo que él tenía ayer la constitución citada, en la que había subrayado el primero y el último párrafo que era lo que pensaba leer, y lo dió á los taquígrafos para que lo subrayado se insertara en el *Diario de las Sesiones*; al enviarle las cuartillas, notó que faltaban dichos párrafos, y sin duda lo ocurrido ha sido un traslapamiento, habiendo enviado el Sr. Bermúdez de Castro un documento que no le pertenecía y que se suprimió de su discurso.

El Sr. PRESIDENTE dijo que oídas las explicaciones de ambos oradores, la mesa averiguará si había ó no error.

El Sr. MON: Dos veces me he encontrado siendo embajador de S. M. cerca del Emperador de los franceses, y por no hallarme conforme con la dirección dada á los negocios que se ventilaban, he presentado mi dimisión, porque creo imposible sin un completo acuerdo desempeñar bien el cargo de embajador.

Era la primera cuestión la de Méjico. Había yo creído mucho antes de ser embajador que esa cuestión debía resolverse por un acuerdo ó alianza de grandes naciones que tuviesen análogos intereses.

Hálabase España en diferencias con Méjico; no se respetaban las propiedades ni vidas de los españoles, ni se cumplían los tratados. Otras Potencias se la-

laban respecto de Méjico en caso parecido; y creía yo que procedía ejercer una acción común. En este propósito, el Gobierno me mandó tomar la iniciativa, y las ocurrencias posteriores habrán convenido á todos de que este era el medio mejor de presentarnos en América.

Fué la segunda cuestión la de Roma. Yo la veía y la veo de distinta manera que el señor ministro de Estado.

Dijo aquí el Sr. S., que la cuestión de Roma era puramente política, y que en ella no debían mezclarse cuestiones religiosas. Yo había leído un despacho del barón de Cavour, encargado de Negocios del Piamonte, en que se daba cuenta de la conferencia que tuvo con el señor ministro de Estado; y el barón asegura que S. S. dijo: conviene mucho que nos pongamos de acuerdo para adoptar una fórmula que concilie los sentimientos políticos y religiosos del país. Véase cómo S. S. mismo convenía en que la cuestión participaba del carácter religioso.

El mismo señor ministro, cuando hablaba de que somos nación católica, y de los sentimientos católicos, ¿qué podía aludir sino á la cuestión religiosa? Mal podría por otra parte fundarse la defensa del poder temporal del Padre Santo, sino en ser religiosa esta cuestión.

Mucho menos puede decir S. S. que el carácter de religiosa no se le ha dado á esta cuestión sino como táctica parlamentaria. No, señores; en esta cuestión los honores del debate están de parte del Sr. Nocedal, enemigo precisamente del parlamentarismo. Cuando se empezó aquí á hablar del reconocimiento de Italia, el señor ministro de Estado se oponía constantemente á entrar en explicaciones sobre ese punto, y bajo esta impresión se acabó aquella legislatura. ¿Es esto por ventura parlamentario?

Señores, yo no he podido entender todavía lo que quiere decir parlamentario. Un amigo me decía esta mañana que el parlamentarismo era quitar y poner ministros. No lo entiendo; pero lo creo es que no puede nunca tratarse una cuestión grave en un país constitucional sin que sus representantes tomen parte directa en su discusión. La intervención del país es indispensable en las graves cuestiones; y si el año pasado se hubiera ventilado esa cuestión aquí, ¿creo el señor ministro de Estado que se hallaría en la situación en que se encuentra hoy?

Ayer S. S. al mismo tiempo que decía que esta cuestión no era religiosa, citaba textos y autoridades de Pontífices y Prelados. Esto me acuerda lo que no quería yo decir, pero que tengo necesidad de exponer. Yo siento mucho la ausencia en el otro Cuerpo de las altas dignidades de la Iglesia, cuya voz era muy conveniente que se hubiese oído en esta cuestión. Pero hay circunstancias, se dice, en que los Prelados no deben tomar parte en las discusiones. Yo creo que en cuestiones de esta clase no hay ninguna causa que deba impedir que se oiga la voz de las altas dignidades de la Iglesia. Los Parlamentos son para arrostrar los inconvenientes de la discusión, y hay que someterse á estos inconvenientes cuando á los Parlamentos se pertenece; porque al lado de esos inconvenientes resultan luego muy grandes ventajas.

Yo presencé en la Cámara de diputados de Francia la discusión sobre el derecho de visita. Hubo grande oposición: el Gobierno decía que era un tratado ya hecho; pero aquella manifestación de la opinión nacional sirvió para nuevas negociaciones que mejoraron la situación de la Francia respecto de ese tratado. Del mismo modo las discusiones en estas Cámaras habrían podido servir de norte al Gobierno en la cuestión de Italia, y mejorar la situación que hoy tiene.

Veamos los hechos que nos han conducido al estado en que nos encontramos. Todos conocen cuál era la situación del Austria, Francia é Italia cuando comenzaron los movimientos italianos. La derrota de Novara dejó una profunda llaga en Italia. De aquí resultó un estado de irritación que no podía menos de llegar á un rompimiento. Yo tuve una conferencia con el señor conde de Cavour, y en ella me dijo: las cosas de Italia se encuentran en tal situación, que está próximo un grave acontecimiento para el cual nos debemos preparar. Año y medio después estalló la guerra. Estando yo de embajador en Roma concebí la idea de que la guerra entre Austria y Francia era inevitable, y así lo dije al señor ministro de Estado.

Llegó el primer día del año, y recibiendo el Emperador las felicitaciones del cuerpo diplomático, manifesté el embajador austriaco el sentimiento que tenía de que Austria no comprendiese sus intenciones. La Rusia propuso entonces un Congreso; y el Cardenal Antonelli, al ver que aquella cuestión iba á producir una conflagración general, propuso á los austriacos y á los franceses que salieran de Italia. En este estado, el ministro de Austria intimó al Piamonte que desarmase, ó de lo contrario se preparase á la guerra. Todos saben el resultado de aquella campaña y la paz de Villafranca. El Emperador de los franceses ha dado una gran prueba de su moderación al hacer aquella paz, evitando así una conflagración general europea.

Pero las pasiones revolucionarias habían sido movidas y puestas en juego; y así fué que todas fueron dificultades para llevar á cabo la paz que se acababa de estipular. Fueron arrojados de sus Estados los duques de Módena, Parma y Toscana; pero la revolución quería más y atacó al infortunado Rey de Nápoles, joven sin experiencia, sin amigos, rodeado de la traición por todas partes y que fué encerrado en Gaeta cuando debió haber peleado en su capital.

El Sr. Bermúdez de Castro, contestando al Sr. Nocedal, decía: «el mismo Rey de Nápoles ha cambiado la bandera de los Borbones por la del reino de Italia, y ha pretendido ser vicario de las Marcas y la Umbria.» [Qué falta de memoria! Yo lamento que su señoría tenga tal prevención contra los Borbones de Italia! Yo no encuentro un documento que me pruebe que S. S. ha tenido consideraciones con ellos. ¿Qué bandera ha cambiado el Rey de Nápoles? Lo que hizo fué colocar al lado de la suya la italiana, y no la bandera de Italia, porque aún no había reino de Italia, sino los colores que se tenían por italianos. Tampoco es cierto que pretendiese el vicario de la Umbria y de las Marcas para usurparlas á la Santa Sede. El Rey de Nápoles tenía á su lado traidores que le han vendido y diplomáticos extranjeros que le daban consejos cuando no se les pedían.

Pues bien: uno de los proyectos de entonces fué no usurpar los dominios del Papa, sino que el Papa espontáneamente le nombrase su Vicario en esos territorios para conservárselos. Estalló la insurrección de Garibaldi: los Reyes del Norte trataron de var si podían renovar la antigua alianza, y el Emperador de Austria pidió una conferencia al de Rusia y al Rey de

Prusia, para ponerse de acuerdo. Yo escribí entonces al Gobierno: «los Soberanos del Norte se van á reunir en Varsavia; allí necesitamos un diplomático; e señor duque de Osuna, embajador en Rusia, puede ir á presentar sus credenciales á Varsavia.» El señor ministro de Estado me contestó que tenía razón. Yo no sé lo que se hizo por nuestra parte; pero aquella conferencia no se acabó sin grandes resultados. El Emperador de Rusia llamó al embajador francés y le manifestó que nada se resolvería que pudiese perjudicar al Emperador Napoleón. Pero este envió el siguiente ultimatum: «Si el Piamonte ataca á Austria, será neutral siempre que las demás Potencias no auxilien á Austria. Si el Piamonte es atacado, yo le defenderé.»

Con esto se estableció una especie de convenio, del cual resultó para los italianos la posibilidad de avanzar, con tal que no atacasen á Austria. Entonces, el conde de Cavour proclamó el reino de Italia, y provocó una orden del día en que se declaraba por la Cámara, casi por unanimidad, que Roma era la capital del nuevo reino.

Yo acudí entonces al Gobierno, manifestándole la necesidad que teníamos de protestar y hacer ver que este era un ataque al mundo católico; que Roma era de los católicos; y recibí un despacho del marqués de Miraflores para que procurase obtener una especie de acuerdo del que resultasen garantías para la conservación del poder temporal del Padre Santo. El señor ministro me invitó á ponerme de acuerdo con los representantes de Austria, Baviera, Bélgica y Portugal para este objeto. Conferencié, y entónces los representantes de Bélgica, Baviera y Portugal, no quisieron participar de nuestra acción común.

El señor ministro de Estado ha supuesto que el Papa desaprobaba las gestiones del embajador de Austria y las mías, creyendo que nosotros propusimos abandonar los derechos del Papa sobre el territorio que antes tenía. No es cierto: lo que tratábamos nosotros era de evitar que Roma cayese en poder del Rey Víctor Manuel. Y tan cierto es que nuestra negociación fracasase, cuanto que yo creo que la traslación de la capitalidad á Florencia y el alejamiento de la idea de ir á Roma se debe á los esfuerzos de España y de Austria hechos en aquellas negociaciones.

Muere, señores, el conde de Cavour en estas circunstancias; y fué tal el pánico que se apoderó de todos los interesados en esta cuestión, que yo dije al ministro de Estado francés: «Esta es la ocasión de volver á la paz de Villafranca.» Contestóme: «Necesitaría 80,000 hombres.» «Mas tarde, repuse yo, necesitaría Vd. 200,000.» El Emperador de los franceses tiene interés en consolidar la obra de la unidad de Italia; pero siempre ha tropezado con dificultades, y dudo que al fin consiga su objeto. Reconoció el reino de Italia, hizo que le reconocieran Prusia y Rusia, si bien no ha tenido parte en el reconocimiento hecho por el Gobierno español y hace un año propuso un nuevo Congreso para obviar todas las dificultades; pero no pudo haber inteligencia previa para celebrarlo.

Había por parte de los italianos que buscaban una capital para Italia. Pero Venecia encontró un veto en los cañones de Austria, y por eso se volvieron los ojos á Roma. El obstáculo eran los franceses. ¿Y qué se hizo para salvarlo? La convención de 15 de Setiembre. ¿Y qué es esta convención? Yo lo abandono al Sr. Bermúdez de Castro con tal que se me conteste á esta pregunta, á quien todavía nadie ha respondido: ¿qué se hará cuando se retiren los franceses? Al día siguiente, que será el 2 de Diciembre del presente año, al día siguiente que los franceses evachen á Roma, ¿qué va á pasar en Roma? La orden del día del Parlamento de Turín declarando á Roma capital de la Italia, es el programa del conde de Cavour y de todos los ministros que le han sucedido, y ese programa está subsistente.

El Sr. PRESIDENTE: Con sentimiento debo observar al orador, que se ciña á los límites de su derecho.

El Sr. MON: Para concluir diré una cosa: yo estaba en París cuando tuve noticia de que se había nombrado el nuevo Gabinete, é inmediatamente hice dimisión; el señor ministro no manifestó grande sentimiento por este paso, y dejándome juez de mi conducta me indicó que desearía retirarse mi dimisión.

Por esta razón no insistí en ella, reservándome obrar cuando altos deberes me lo exigieran, y la reproduje cuando tuve conocimiento de la manera con que el Gobierno de S. M. había reconocido el reino de Italia.

Véase por qué deseaba yo ciertas garantías. La convención no satisface esa necesidad, ni tampoco las notas que han mediado, ni el discurso de monsieur Rouvier.

Este es el momento que el ministro de Estado eligió para reconocer el reino de Italia, y por más que S. S. aguce su ingenio, no puede decir que tiene seguridad de que el Papa esté seguro en Roma, y de las eventualidades del porvenir. Varios documentos diplomáticos, léjos de ser satisfactorios, llenan de temores á cuantos se interesan por la suerte del Papa.

El ministro de Negocios extranjeros de Francia decía á su ministro en Turín, en 18 de Diciembre, lo siguiente: «Señor barón: se ha dicho al Gobierno de Su Majestad que el Cardenal secretario de Estado había dirigido á los enviados diplomáticos de Su Santidad una circular con motivo de la retirada de una parte de nuestras tropas. Si mis informes son exactos, este documento, lleno de previsiones en desconfianza que me complace en declarar desprovistas de fundamento, anuncia las futuras invasiones del Gobierno italiano, y le atribuye pesamientos y excitaciones que tienden á derribar el poder del Papa.»

«Tendrá Vd. la bondad, señor barón, de declarar en los términos más formales al Gobierno italiano, en nombre del Emperador, que el honor de S. M., lo mismo que el del Rey Víctor Manuel, están amenazados en dar á estas predicciones un solemne mentís.»

¿Y qué contesta á esto el barón de Malaret el 2 de Enero de este año? Que guardará á que se formara un nuevo ministerio, y que el general Lamarmora le había dicho que habiéndose comprometido la Italia á ejecutar lealmente la convención de 15 de Setiembre, nadie tenía el derecho de suponer en el Gobierno del Rey la intención de faltar á su palabra, y que no tenía dificultad en negar, sin excepción ninguna, los proyectos y los sentimientos atribuidos al Gobierno del Rey de Italia.

Y añade: «He hecho notar además al general Lamarmora que desgraciadamente y á pesar del cuidado con que tratan esta cuestión los documentos diplomáticos que se

han publicado, el lenguaje de la prensa italiana, y algunas veces el de ciertos hombres de Estado, no era siempre el más á propósito para hacer desaparecer las interpretaciones y para destruir las esperanzas de los que quieren sacar de la convención de Setiembre consecuencias que no lleva de ningún modo consigo. Así ha sido fácil citar ejemplos, y he aprovechado la ocasión para renovar las observaciones que en diversas circunstancias he creído deber dirigir sobre este asunto al señor presidente del Consejo.»

Ni el Cardenal secretario de Estado, ni el ministro de Francia, ni el barón de Malaret dejan de tener dudas; y, ¿es este el estado en que nos encontramos hoy? ¿Qué confianza podremos tener los diputados en que el Papa no sufra perjuicio en Roma? Ninguna; y yo pregunto á S. S., ¿que me acusa en el Senado de no haberme ocupado en esta cuestión, ¿qué ha adelantado S. S. con los 14 despachos que ha dirigido acerca de ella? Nada: yo creo que S. S. la tiene en peor estado que yo la dejé. Se me había invitado para anunciar las modificaciones que ofrecía España en el tratado de 15 de Setiembre. ¿Puede S. S. hacer esto? No; porque con el reconocimiento ha declarado que nada tiene que ver con la convención.

Hay más: las comunicaciones del general Lamarmora le impiden á S. S. acercarse á intervenir en los asuntos de Roma, y esto es lo que yo no hubiera aceptado de modo alguno. S. S. es claro que tiene libertad de acción para usar la fuerza; pero en el terreno diplomático tiene una gran dificultad.

El señor ministro de Estado al hacer el reconocimiento, no ha hecho, en mi concepto, las reservas que hubieran sido convenientes, y no hay para convencerse de esto más que observar cómo se ha hecho en otras naciones. La Francia reconoció á Víctor Manuel á instancia suya, y el ministro M. Thouvenel, dice: «que la Francia jamás ha ocultado su desaprobación sobre los acontecimientos de Italia: que el reconocimiento que la Francia hace de ellos no da garantía á este estado de cosas ni aprobación de estos hechos; que si algo intentasen los italianos sería por su cuenta, sin que contaran con el apoyo de la Francia, y que esta no quiere debilitar las protestas de Roma.»

Y luego añade: «que si reconoce, es á causa de la muerte de Cavour; porque la situación en que queda la Italia es incierta é insegura, pudiendo resultar de aquí una anarquía, y con ella una guerra ó muchas dificultades para la Italia, y protesta que este reconocimiento no es una aprobación de los actos que ya antiguamente había condenado.»

Aquí hay una gran desaprobación, y poco importa el reconocimiento cuando se tienen fuerzas en Roma para impedir lo que no se quiera que suceda.

También Prusia reconoció á instancias de Víctor Manuel, y lo mismo sucedió con Rusia; los que no hemos manifestado desaprobación ninguna somos nosotros. Hay más: hasta los pequeños Estados de Baviera y Sajonia, á quienes importaba tanto el reconocer por sus intereses comerciales, y que en su mayor parte son protestantes, han reconocido con menos espontaneidad que nosotros, que dijimos ya en la primera entrevista que tuvo el señor ministro de Estado con el señor barón Cavour, que le íbamos á reconocer, y lo dijimos con una frase muy gráfica: *cuanto prima*; es decir, tan pronto como fuera posible: á lo que contestó de pues el general Lamarmora que lo hiciésemos en la forma empleada por otras naciones católicas, es decir, pura y simplemente.

S. S. dice que deja intactas las protestas del Santo Padre. Pues Pío IX, en una alocución de 28 de Setiembre de 1860, dice:

«Este Gobierno ha invadido y usurpado con sacrilega audacia algunas de las provincias colocadas bajo nuestra obediencia.

«...Reprobamos y condenamos los criminales y sacrilegos excesos de este Rey y de su Gobierno: todos sus actos los declaramos nulos y de ningún efecto, y reclamamos del modo más apremiante la integridad de este principado temporal que pertenece á la Iglesia romana, así como los derechos que son los suyos y los de todos los católicos, y no cesaremos de reclamar la restitución.»

Y en otras protestas se encuentran también estos párrafos: «El Gobierno pontificio se halla en el caso de protestar contra el abuso que el Gobierno usurpador ha cometido y continúa cometiendo por el llamamiento del voto de las poblaciones para decidir de la suerte de su Soberano...»

«Un Rey católico, dando al olvido todo principio religioso, despreciando todo derecho, hollando con sus pies toda ley, después de haber despojado poco á poco al augusta Jefe de la Iglesia católica de la mayor y más floreciente parte de sus legítimas posesiones, toma hoy el título de Rey de Italia.»

Yo pregunto á S. S.: ¿qué significa dejar á salvo estas protestas y reconocer el reino de Italia? Porque si las protestas no valen nada, no hay para qué sostenerlas; y si valen algo, es imposible reconocer aquello á que ellas se oponen.

Es más: el reino de Italia se compone de todas las disposiciones dictadas por su Gobierno; y por consiguiente, S. S. ha reconocido la orden del día votada en tiempo del conde de Cavour, que dice que la capital del reino es Roma, y que si no van ahora allá, irán en cuanto puedan.

¿A qué queda, pues, reducido el poder temporal? Si Roma ha de ser capital de Italia, y si es cierto que ha habido despojo de la parte de los Estados Pontificios que no era Roma, ¿qué es lo que queda para el poder temporal?

S. S. cree que el Papa y el Gobierno del Piamonte se entenderán; yo siento quitarle á S. S. esta ilusión; pero puede estar seguro de que no sucederá eso.

El señor ministro ha supuesto que una comunicación mia no estaba enteramente conforme con lo que decía el ministro francés, y yo suplico á S. S. que marque donde está la diferencia, porque esta es una acusación muy grave y que debe quedar muy clara.

Señores, al evacuar en Setiembre Roma las tropas francesas, yo no sé lo que sucederá al Sumo Pontífice, y por consiguiente es menester que S. S. aproveche la ocasión que aún le queda para impedir que cuando llegue ese caso el Papa salga de la ciudad Eterna ó no tenga en ella la independencia que necesita.

Para concluir diré una cosa: yo estaba en París cuando tuve noticia de que se había nombrado el nuevo Gabinete, é inmediatamente hice dimisión; el señor ministro nos manifestó grande sentimiento por este paso, y dejándome juez de mi conducta me indicó que desearía retirarse mi dimisión.

Por esta razón no insistí en ella, reservándome obrar cuando altos deberes me lo exigieran, y la re-



produce cuando tuvo conocimiento de la manera con que el Gobierno de S. M. había reconocido el reino de Italia.

El señor ministro de ESTADO contestó al Sr. Mon que extrañaba no hubiera presentado su dimisión cuando supo la decisión irrevocable del Gobierno de reconocer el reino de Italia, contentándose con anunciar en cartas confidenciales al ministro de Estado; y a pesar de recibir las contestaciones de este, en que le indicaba la decisión del Gabinete á aceptar, no la envió hasta pasado algún tiempo, fundándola en disidencias en el fondo y en la forma en la cuestión del reconocimiento de Italia, abrazándose á una bandera que de hecho y de derecho la lleva como jefe el señor Nocedal.

Dijo que el Gobierno había creído conveniente anunciar que quería reconocer el reino de Italia cuanto antes, porque sabía que se quería inundar el palacio de exposiciones contra esta medida por los que estaban perturbando las conciencias y apelando á una revolución más peligrosa que la que sale á la calle, porque no se vence fácilmente una revolución, no política, sino sacrilega.

Negó que él considerase como cuestión religiosa la del reconocimiento de Italia, ni que tanto significase el emplear argumentos sacados de escritos de Principes de la Iglesia.

Contestando á la duda del Sr. Mon sobre el afecto del orador al parlamentarismo, aseguró que era sinceramente amigo del Gobierno constitucional y enemigo del Gobierno absoluto, añadiendo que amaba la libertad de la imprenta, á cuyo examen entregaba todos sus actos públicos.

Rechazó el supuesto del Sr. Mon de que él era enemigo de los Borbones en Nápoles, sosteniendo que lo que había dicho sobre el cambio de banderas en Nápoles es cierto, y consta, como la pretensión del vicario de las Maras y de Umbria, en documentos que debe conocer el Sr. Mon.

El Emperador Napoleón no es, á juicio del orador, de quien puede temerse que destruya ó contribuya á destruir el poder temporal del Papa, que sostiene desde hace muchos años con sus tropas, y que ha declarado indispensable en su último discurso al Parlamento.

Recordó que el Gobierno francés ha dicho que si Roma, en virtud del derecho de nacionalidad, quisiera dejarse absorber por Italia, la cuestión no sería de soberanía nacional, sino de equilibrio europeo, y entraría bajo la alta jurisdicción del orbe católico.

La iniciativa en las negociaciones para pedir una alianza de las Potencias católicas, dijo que había sido del Sr. Mon, sin que tuviera las instrucciones convenientes para ello, pues al menos en la secretaría del ministerio de Estado no constaban ningunas.

Terminado el discurso del señor ministro de Estado, se levantó la sesión.

Eran las seis y media.

## PARTE RELIGIOSA.

**SANTOS DE HOY.** San Roman, abad, y San Marciano y compañeros mártires.

**SANTOS DE MAÑANA.** El Santo Angel de la Guarda y San Rosendo, mártir.

### CULTOS.

Según el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia del Colegio de Nuestra Señora de Loreto, calle de Atocha, donde por la mañana habrá Misa cantada, y por la tarde procesion de reserva.

El San Ginés, San Pedro, San Isidro, Capilla Real y Santa Catalina de los Donados habrá Misa cantada para la renovación de Sagradas Formas; y en la capilla del Cristo de la Oliva, paseo de Atocha, se celebrará función al Santo Angel de la Guarda, predicando en la Misa mayor el Padre José Montalbán.

Por la tarde á las cuatro habrá ejercicios con manifestación, Miserere y sermon, que predicarán: en las monjas del Sacramento, D. Basilio Sánchez Grande; en las Comendadoras de Santiago, D. Martín García, y en San Sebastian, don Pio Hernandez Fraile.

Continúan las Misiones por la tarde en las monjas de San Plácido, y por la noche en las parroquias de San Luis y San Martín.

Por la noche habrá ejercicios con sermon, que predicarán: en la bóveda de San Ginés, D. Ciriano Cruz; en Santa Catalina de los Donados, D. Luis Crespo; en Italianos, D. Ambrosio de los Infantes, y en Monserrat, D. Agustín Lorente.

**VISITA DE LA CORTE DE MARIA.**—Nuestra Señora de la Almudena, en Santa María, la de la Blanca, en San Sebastian, ó la del Consuelo, en San Luis.

Se reza del Santo Angel de la Guarda, con rito doble mayor y color blanco, haciéndose conmemoración de la Feria.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

### PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

## VARIEDADES.

### REVISTA DE MADRID.

Muchas razones había para presumir y aun para creer que el Carnaval de 1866 sería un Carnaval poco divertido.

La primera razón que se destaca en el orden categorico de esas razones pertenece á esa serie de conocimientos que la subidura humana tropieza al andar por el mundo de la historia con la luz de la filosofía en la mano.

Es una raza deducida de la filosofía aplicada á la historia.

Es razón poco más ó menos que tendría un sabio cualquiera para deducir todos los pasos andados en el camino de una larga vida con sólo aplicar á la historia de un semejante lleno de arrugas la luz de una mirada.

La razón de que hablo está sacada de la naturaleza misma del progreso humano.

Es esa averiguación de que sabemos darnos cuenta

siempre que en presencia de algún suceso extraordinario abrimos la boca como si nos faltara aire para respirar, y moviendo la cabeza lentamente con grande admiración decimos:

¿A dónde hemos llegado!

Había, pues, para presumir y aun para creer que el Carnaval de 1866 sería poco divertido, la razón de que las máscaras están en decadencia.

La costumbre de cubrirse la cara para hacer durante tres días varias locuras, no tiene ya razón de ser.

Es un efecto que sobrevive á su causa.

Es una fiesta absurda.

Es un anacronismo.

Taparse la cara es un acto que en primer lugar supone vergüenza; y yo pregunto:

Bajo el imperio de la razón soberana, en medio del ejercicio de todas las libertades, en la plenitud de una civilización cuyo espíritu de igualdad llega por una parte, según las últimas especulaciones del racionalismo puro, á confundir en una misma especie á Dios y al hombre; y por otra llega según las últimas deducciones del materialismo neto, á confundir al hombre con el bruto; ¿qué hay que pueda avergonzarse?

Digásemos francamente.

¿Qué especie de Dios, qué divinidad puede ser el hombre si hay un momento en su vida en que se avergüenza de ser quien es?

Y si esto racionalmente es imposible, materialmente es más imposible todavía.

Es preciso que el hombre comprenda bien la posición en que lo han colocado algunos escritores modernos para que no se desmienta con alguna imprevision la verdad científica de su doble naturaleza.

El racionalismo lo ha elevado á la primera categoría: lo ha transformado en Dios.

Pues bien: para ser Dios es preciso no tener nada de que avergonzarse.

El materialismo lo ha hecho descender á la última categoría: lo ha convertido en bruto.

Pues bien: para ser bruto es preciso no tener vergüenza.

El hombre condenado á la dura esclavitud de no poder ser más que hombre, encerrado en la cárcel estrecha de la humanidad, colgado, digámoslo así, entre el cielo y la tierra, ignorando por una parte que podía ser Dios y no sabiendo al mismo tiempo que podía llegar á ser el último de los brutos, solía avergonzarse.

Considerado en esa situación, nada más natural que de vez en cuando quisiera huir de sí mismo, escondiendo el rostro á toda mirada humana.

Las máscaras entonces eran lógicas.

El hombre avergonzado de lo que había hecho ó de lo que pensaba hacer se escondía detrás de una carata.

¿Pero hoy quién se avergüenza?

¿Qué cosa se puede hacer ó decir con un tafetan delante de los ojos que no se pueda decir ó hacer sin disraz y sin careta?

¿A quién se le ocurre que nosotros, espíritus fuertes habíamos de tener la debilidad de taparnos la cara?

Por esta razón arrancada de la filosofía de la historia debía presumirse y aun creerse que el Carnaval de 1866 fuera poco divertido.

La segunda razón que acudía á confirmar el anuncio pertenece al orden de las ideas económicas.

Había corrido de casa en casa, de boca en boca y de bolsillo en bolsillo el último descubrimiento práctico de esa ciencia adictable, y gozando de todo el beneficio del crédito resonaba por todas partes la voz del descubrimiento, repitiendo incesantemente:

«No hay un cuarto.»

De aquí se deducía fácilmente que el Carnaval había de ser muy pobre.

Lo cual bien mirado era tanto como advertir que la broma de nuestra prosperidad pública empezaba á ser una cosa muy seria.

Aspecto grave que generalmente adoptan más tarde ó más temprano todas las bromas pesadas.

Verdaderamente nuestra prosperidad aparecía como en los últimos momentos de un magnífico Carnaval, y cansada de divertirse con todos, dejándose caer ya sobre un Banco ya sobre otro, se arrancaba la careta diciendo:

«No me conoces.»

Esta razón por sí sola bastaba para que el Carnaval de 1866 fuera poco divertido, porque en honor de la verdad debemos decir que no hay nada que pueda presentarse á los ojos de estos tiempos más desconcertador y más triste que el fondo oscuro y solitario de un bolsillo vacío.

Pero hé aquí lo que son las cosas.

Estaba reservado al Carnaval de 1866 una novedad extraordinaria.

El génio melodramático del autor más patibulario no hubiera concebido una idea más feliz bajo el punto de vista de los grandes contrastes.

Las cosas tienen muchas veces más talento que los hombres, y suele combinarse con toda la perfección con que el arte más refinado ordena sus creaciones.

Singular cosa es esta. Un autor dramático fatiga su entendimiento por concertar una fábula que sea verosímil; hilo por hilo y día tras día teje la trama de una bella mentira.

Todo su trabajo, todo su talento y toda su paciencia dan el total de una suma que puede traducirse de este modo: «Es posible.»

Las cosas se reúnen, se combinan, se ordenan por un método misterioso, cuyo secreto no llega nunca á sorprender el hombre, y arrojan de repente á la admiración pública ó privada un suceso inverosímil.

Aquello, sin embargo, es verdad.

¿Por qué lo verosímil ha de ser más difícil que lo verdadero?

Si á un tejedor de melodramas se le hubiera ocurrido presentar la acción de su pensamiento ó de su obra en el teatro de los tiempos presentes combinando el efecto maravilloso de un contraste dramático, atando dentro de los estrechos límites de un mismo nudo el loco tumulto de un Carnaval con el triste espectáculo de un reo en capilla; esto es, si hubiera elegido un baile para levantar un patibulo; si hubiera puesto la justicia en medio de la locura, hubiéramos dicho todos: eso es inverosímil y salido á la defensa de estos hermosos tiempos en que vivimos, porque al fin y al cabo no tenemos otros en que vivir, habríamos añadido: «eso no puede pasar hoy en España.»

Pues bien, aquí se han combinado las cosas de tan hábil manera, con tan agudo ingenio, con tan profun-

do conocimiento de la escena, de los caracteres de los tiempos y de las costumbres, que en medio del Carnaval, entre el tumulto de las máscaras, desgarrado el aire por los cien mil ruidos de la fiesta, ha visto Madrid la ejecución de un reo de muerte.

Hé aquí á lo inverosímil convertido en verdadero, la fábula transformada en historia, el drama en realidad, la bella mentira en una verdad bien triste.

Al autor del melodrama le hubieran preguntado la razón, la crítica y el sentimiento. ¿Qué necesidad de justicia, de moral ó de conveniencia puede aconsejar que se elija un día de Carnaval para llevar un reo al patibulo? Y si la justicia, ni la moral, ni la necesidad, ni la conveniencia siquiera obligan á que un reo de muerte sea ejecutado en un día de máscaras públicas, ¿cómo, diría la crítica, se atreve Vd. á mofarse de la razón en nombre del arte?

El sentimiento á su vez diría: ¿Quién le ha dado derecho á ese autor dramático para convertir el patibulo en una especie de broma y al reo en una máscara más?

Y todos diríamos: ¿Cómo la escena más triste que puede presentarse á los ojos de un pueblo civilizado se la encaja en el día de todas las locuras y de todos los desórdenes?

¿Cómo se ha elegido para el acto más terrible de la justicia humana el día de la licencia?

Y diríamos también: ¿A quién se le ocurre que un pueblo culto sorprendido en medio de una fiesta por el sombrío espectáculo de un reo condenado á muerte no cambiaria en el acto mismo su alegría en tristeza, su tumulto en silencio, su locura en pena?

De cualquier modo que se mire, añadiríamos, ese recurso melodramático está fuera de la razón, lo condena la crítica y lo rechaza el sentimiento.

Y por último diríamos: Esa escena en Madrid es imposible. En Marruecos podría pasar; pero ni ese escape tiene ese autor dramático, porque no hay Carnaval en Marruecos.

Sin embargo, eso ha sucedido y nadie ha dicho una palabra.

El sábado se pondrá en escena en el teatro del Príncipe *La Muerte de Julio César*. Esta obra escrita es una tragedia y espero que tragedia será también representada.—J. S.

## FONDOS PUBLICOS.

		CAMBIO AL CONTAJO.
	Publicado.	No publicado.
Titulos del 3 p. § consolidado.	38-45	»
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. §.	»	»
Titulos del 3 p. § diferido.	35-45	»
Inscripciones en el Gran Libro.	»	»
Material del Tesoro preferente con interés.	»	»
Idem no preferente, con interés.	»	»
Idem sin interés.	»	»
Participes legos convertibles á 3 p. §.	»	»
Deuda del 4 y 5 por 100.	»	»
Deuda amortizable de primera clase.	»	»
Idem amortizable de segunda clase.	»	»
Deuda del personal.	»	»
Billetes hipotecarios del Banco de España, de 2000 rs. con 6 por 100 de interés anual.	89-90	»

**ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 2 p. § ANUAL**

Emisión de 1.º de Abril de 1850, de 4000 rs.	»	84-50
Idem de 2.º de 2000 rs.	»	86-00
Idem de 1.º de Junio de 1851, de 4000 rs.	»	85-00
Idem de 31 de Agosto de 1852, de 4000 rs.	»	86-50
Idem de 8 de Marzo de 1855, procedente de la de 13 de Agosto de 1852, de 4000 rs.	»	»
Idem 1.º de Julio de 1856 de 4000 rs.	»	»
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1858.	»	84-00

**DEL CANAL DE ISABEL II, DE 4000 RS. 80/0 ANUAL**

Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles.	71-90	»
Acciones del Banco de España.	»	117-00

## MERCADO DE MADRID.

### ENTRADA POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.

8293 arrobas de trigo.	
446 arrobas de harina de idem.	
8447 arrobas de carbon.	
134 vacas que componen 37546 libras de peso.	
412 cerdos que hacen 823 libras de peso.	
113 cerdos degollados que hacen libras de peso 23460.	

**PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DIA DE AYER.**

	Reales vellon arroba.	Quarto libra.
Carne de vaca.	51 á 55	26 á 34
Id. de certero.	» á 28	26 á 34
Id. de cordero.	» á 28	» á 28
Id. de ternera.	90 á 98	50 á 66
Despojos de cerdo.	» á 28	» á 28
Tocino añejo.	90 á 94	20 á 28
Id. fresco.	» á 28	» á 28
Id. en canal de jar.	62 á 66	» á 28
Lomo.	» á 28	45 á 60
Jamon.	124 á 134	51 á 60
Asiete.	68 á 69	18 á 20
Vino.	40 á 44	12 á 14
Pañ de dos libras.	» á 28	11 á 13
Garbanzos.	26 á 34	19 á 20
Judías.	40 á 43	11 á 13
Avena.	19 á 23	11 á 12
Carbon.	7 á 8	» á 26
Jahon.	65 á 68	21 á 28
Patatas.	5 á 6	2 á 6

### PRECIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo.	de » á 42	Rs. vs.
Cañada.	de » á 23	Id.
Algarrobo.	de » á 22	Id.

## ANUNCIOS.

### EL TROVADOR CATOLICO.

**Cantos religiosos, plegarias, himnos, meditaciones y poesías filosófico-morales.**

OBRA ORIGINAL DE A. G. T.

La obra consta de 25 entregas, á real cada una en Madrid y en provincias.

**Puntos de suscripción en Madrid.**—Librería de Lizcano, calle de la Cruz, núm. 31, y en las de Olamendi, Lopez y Aguado.

**En provincias.**—Suscripción directa, remitiendo su importe en libranzas del giro mútuo, y donde no fuese posible el giro, en sellos de franqueo.

**Láminas.**—EL TROVADOR CATOLICO saldrá ilustrado con seis preciosas láminas litografiadas á dos tintas y ejecutadas por los principales artistas de esta corte. Se repartirán con las entregas correspondientes.

La primera, representa el génio de la Religión. La segunda, la Virgen Maria recibiendo de los Angeles ramos de flores.

Tercera, Jesús visitando á los enfermos. Cuarta, una madre instruyendo moral y cristianamente á sus hijos.

Quinta, un Sacerdote en el pórtico de la Iglesia enseñando la doctrina á los niños.

Y sexta, una magnífica portada que se repartirá con la última entrega.

La correspondencia y el importe de las suscripciones se dirigirán al editor D. Hermenegildo García, calle de la Ballesta, núm. 5, cuarto tercero.

Han salido cinco entregas en todo el mes de Febrero.

(Núm. 428.—3-g.—3-p.)

### UN JOVEN, BACHILLER EN ARTES, QUE HA ESTUDIADO LATÍN, GRIEGO, FRANCES, INGLES, GEOGRAFIA, HISTORIA, RETÓRICA, PÉICA, LÓGICA, HISTORIA NATURAL, FÍSICA, ARITMÉTICA, ALGEBRA, GEOMETRIA, TRIGONOMETRIA, ALGEBRA SUPERIOR, GEOMETRIA ANALITICA, etc., como puede probarlo presentando su brillante hoja de estudios, solicita una colocación decente, sea en una oficina ó para dar lecciones á algunos hijos de familia, ó en algún colegio, etc.

Tiene personas respetables que informarán de su moralidad y buena conducta.

En la calle del Horno de la Mata, núm. 18, tienda de cristales, darán razón.

(Núm. 431.—1-g.)

## CUADROS DOLOROSOS

*O serie de reflexiones sobre cada uno de los principales dolores de María Santísima.*

Obra útil á toda clase de personas piadosas y muy especialmente á los oradores sagrados, por D. Gregorio de Diego y Megia, Pres. ltero.

Se vende á 10 rs. en las librerías de Olamendi, calle de la Paz; Aguado, Pontejo; Hernando, Arenal, y en casa del autor, Rio, 6, tercero.

Se remite á provincias mandando su importe en libranza ó 22 sellos de cuatro cuartos.

(2-g.)

## BREVIARIUM MARIANUM,

por D. Jose Escalá, presbítero, misionero apostólico.

Esta obra, original en su forma, que ha merecido la aceptación de muchos Prelados, varios de los cuales además la han enriquecido con indulgencias, contiene todo lo más útil y excelente que se ha publicado respecto de la Madre de Dios, es un repertorio de todo cuanto pueda desearse relativo á Maria, un pronulario de todas sus grandezas, un libro de todos sus libros, una verdadera biblioteca de erudición Mariana para los sabios y un manual afectuosísimo de devoción para sus devotos.

Se vende en Madrid á 52 rs. en las librerías de los señores Aguado, Olamendi y Perdiguerro. También se remite por el correo á cualquier punto de España pidiéndola á D. Jose Escalá, presbítero, Lérida, e incluyendo en la carta los sellos correspondientes á 56 rs., ó bien un recibo de catorce Misas para celebrarse á su intencion.—Con el Diurnale 20 Mss. El Diurnale sólo, 6.

(N. 278.—10.)

## DISCURSOS

### DE DON JOSÉ MARIA ELÁROS,

sobre cuestiones de carácter político, pronunciados en el Congreso en la legislatura de 1864 á 1865.

Con un prólogo del mismo autor.—Forman un folleto de 134 páginas.

El producto se destinará á la colecta hecha para Su Santidad.

Están de venta en la administración de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, á 6 rs., lo mismo en Madrid que para provincias, á donde se remitirán francos de porte.

**BANCO DE PREVISION Y SEGURIDAD.**

Presidente: Excmo. señor conde del Asalto y marques de Ceballos, propietario.

Vice-presidente: D. Antonio Aparisi y Guijerro, diputado á Cortes y propietario.

Secretario: D. José de Córdova, propietario.

Director general: D. Federico de Salido y Baidas, propietario.

Director adjunto: D. José Mur y Vilanova, abogado y propietario.

Capital ingresado: rs. vn. 39.000.000.

Esta compañía es la única en su clase que excluye terminantemente de sus estatutos toda operación basada en el crédito personal; coloca su capital sobre garantía material positiva; intervienen en las operaciones los consejeros; liquidación mensual: admite imposiciones desde 10 rs.; beneficio abonado por término medio, 74 céntimos por 100 al mes, que equivale á 9,38 al año.

Dirección general: calle de San Agustín, 3. (N.º 332.—2 p.)

## CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN LA CATEDRAL DE PARIS por el P. Félix, de la Compañía de Jesús, y traducidas por EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

En la administración de este periódico se hallan de venta las Conferencias de los años 1862, 1863, 1864 y 1865.

Cuestan 4 reales en Madrid y 5 reales en provincias las correspondientes á cada uno de los años anteriores.

## VIDA DE JOVELLANOS,

por D. Cándido Nocedal.

Hállase de venta en la redacción de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, y en la librería de Duraz, á 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

El producto íntegro se destina á los pobres de Toledo, socorridos por las conferencias de San Vicente de Paul de aquella ciudad. (G)

## DOÑA BLANCA DE NAVARRA,